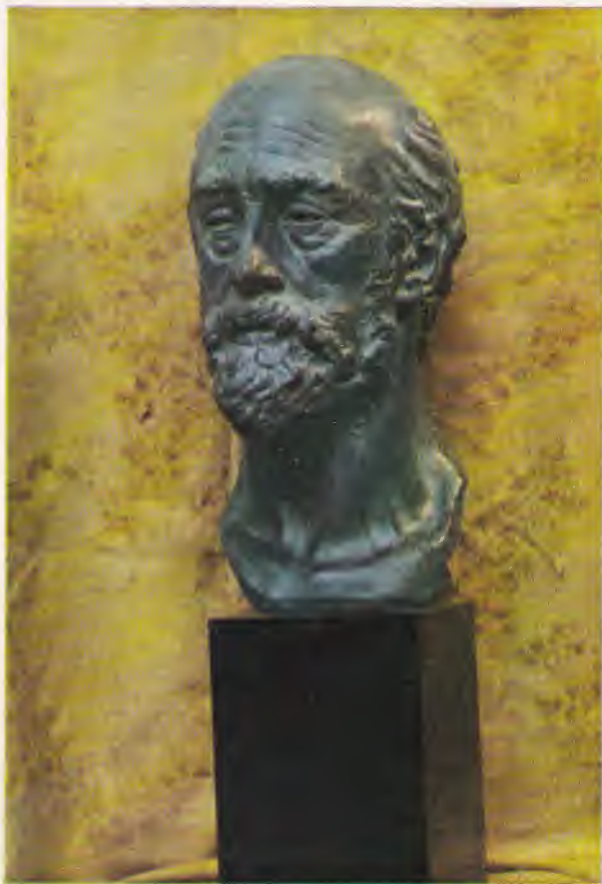


RICARDO GARCIA DE VARGAS

EL ESCULTOR IGNACIO PINAZO MARTINEZ



El Pintor Pinazo Camarlench.

**BRONCE DE IGNACIO PINAZO MARTINEZ
MUSEO DE BELLAS ARTES DE VALENCIA**

VALENCIA

RICARDO GARCIA DE VARGAS
CRONISTA OFICIAL

EL ESCULTOR IGNACIO PINAZO MARTINEZ

(1883 - 1970)

APUNTES BIOGRAFICOS



**PROLOGO
DE
JOSE OMBUENA**

1971

0 1979
22

Taller d'Història Local de Godella



Biblioteca / núm. registre: 329.-

EL ESCULTOR IGNACIO PINAZO MARTINEZ

(1883-1970)

APUNTES BIOGRAFICOS

RICARDO GARCIA DE VARGAS
CRONISTA OFICIAL

EL ESCULTOR IGNACIO PINAZO MARTINEZ

(1883 - 1970)

APUNTES BIOGRAFICOS



**PROLOGO
DE
JOSE OMBUENA**



EDICION PATROCINADA POR EL ILMO. AYUNTAMIENTO DE GODELLA

1971

Queremos significar la colaboración del Ayuntamiento de Godella en la presente edición del libro sobre el escultor Ignacio Pinazo Martínez, así como en cuantas iniciativas surgen para exaltar la memoria de esta privilegiada estirpe de artistas tan enraizados en Godella. Lo que este pueblo ha significado siempre para los Pinazo y lo que los Pinazo han significado para Godella, se pone de manifiesto en cuantas ocasiones se trata de recordarlos y rendirles tributo de admiración y buen recuerdo.

Es muy justo poner estas afirmaciones en lugar de honor al publicar un libro con las notas biográficas de Ignacio Pinazo, Hijo Adoptivo de Godella.

EL AUTOR

EDICION PATROCINADA POR EL ILMO. AYUNTAMIENTO
DE GODELLA

Con licencia eclesiástica

Propiedad del autor



Depósito Legal: V. 5061-1971

MARÍ MONTAÑA - P. VIRGEN, 3 - VALENCIA

CONTENIDO

Prólogo
Preliminar
Perfil humano
Nota biográfica
La obra de Pinazo
Credo estético
Los cuadros del escultor Pinazo
Pinazo en el Museo de Bellas Artes
Consideraciones finales
Anexos
Relación de ilustraciones
Grabados



El escultor Ignacio Pinazo Martínez

Se dice hasta la saciedad que la envidia es el pecado capital de los españoles. ¿Y la pereza? No la galbana a que nos inducen, según se asegura, el clima y el temperamento. No el sesteo al que nos abandonamos en los mediodías acribillados por el sol. La pereza de este cuento es la pereza mental que nos tienta a lo más fácil y hacedero; a repetir añejas fórmulas sin pararnos a considerar su vigencia; a echar por los caminos más trillados desechando los otros más intrincados y frágiles; a acometer la tarea que se nos exige, por el flanco que nos es más cómodo; a no obedecer, en fin, otra ley que la del menor esfuerzo.

Ignacio Pinazo Martínez, mi añorado y querido amigo, fue víctima de la pereza de los demás. Ha hecho muy bien García de Vargas en ponerlo a la luz. La celebridad de Ignacio Pinazo Camarlench es muy grande y muy justa, pero no había razón para que disminuyese la de su hijo, el escultor Ignacio Pinazo Martínez. Verdad es que éste lo procuró ahincadamente durante toda su vida entregada a un culto filial que era ejemplar y era conmo-

vedor. Había heredado el apellido ilustre y lo aceptó hasta hacer de él un deber, no un privilegio. Tantos homenajes como recibía, los declinaba en su padre, como si fuese el pago de una sagrada deuda. Esa era su admirable condición humana.

La pereza mental, muestra de los demás, hizo el resto. Desde el gacetillero anónimo hasta el académico ilustre, todos acogimos complacidos la fácil fórmula que nos era de ese modo sugerida. ¿Para qué esforzarnos? Como escolares astutos que recitan de corrido la lección sabida sobreponiéndola hábilmente a la lección pedida, derivamos incontables veces la glosa de la persona y obra de Pinazo Martínez, hacia la de la persona y obra de Pinazo Camarlench, sabedores, además, de que con ello le hacíamos más feliz que si nos ocupásemos de él mismo. El que esté libre de ese pecado arroje la primera piedra.

¿Quién osaría hablar de rupturas generacionales, tan al uso hoy, en la paz remansada de aquella casita de Godella, que el fervor del hijo había convertido en relicario para guardar celosamente obra y memoria del padre? Sobre sus muros se apretaban las admirables tablillas; los bocetos de genial y certero trazo, las paletas estallantes de colores, retratos y paisajes que cifraban un hacer no repetido. Ignacio Pinazo Martínez contemplaba ese tesoro familiar con aquellos claros ojillos suyos que querían ser pícaros, pero eran infinitamente bondadosos. ¿Y su obra, la salida de sus gubias y cinceles, sus tallas, sus esculturas, sus barroos? Allí quedaban, relegadas a un segundo término, eclipsadas por decisión libérrima de quien les dio vida. ¡Bendito Pinazo y bendito el insuperable decoro de la imagen

que de él resta indeleble en la memoria de quienes fuimos sus amigos!

Hace un año nos dejó y ha llegado el momento de que proclamemos muy alto los méritos de su arte, sin que la poderosa sugestión del apellido siembre equívocos en nuestras palabras. El desfile de esculturas que cierra este libro nos habla de un artista poseedor del don precioso de transmutar en belleza la materia informe, y de acompasar su maestría con la de los maestros que el tiempo ha ido consagrando. Una obra dilatada y valiosa aboga por él lo que él en vida no abogó por ella. Habremos de reconocerlo. Hombres tan pulcros en su vida y en su tarea como Ignacio Pinazo Martínez son la levadura de una sociedad. ¡Ay de ella si le faltan!...

JOSE OMBUENA

PRELIMINAR

NO hace muchos meses, la figura de Ignacio Pinazo Martínez, aunque ya acusaba el peso de los años, se destacaba en las tertulias del Círculo de Bellas Artes de Valencia, asistía a las sesiones solemnes de la Real Academia de San Carlos, tenía felices iniciativas culturales y artísticas que exponía en las sesiones ordinarias de dicha docta corporación, pintaba cuadros con flores y bodegones, esculpía algunas figuras y aún solía hacer algunas exposiciones de sus obras —bronces, mármoles, tallas en madera o terracotas, cuadros, etc.— con juvenil entusiasmo.

Poco tiempo antes, en Madrid, asistía por las tardes, frecuentemente, a una simpática reunión de artistas y hombres de letras en el Círculo de Bellas Artes madrileño, como solaz y descanso de afanes y trabajos en su estudio de la corte, y en cuyo cenáculo era también muy apreciada su personalidad, tanto por su relevancia artística como por su exquisito trato personal.

Este matiz tuvieron los últimos años de la vida de un artista que fue esclavo de un credo estético al cual puede decirse que nació ya enrolado por sangre y por el ambiente creado, desde siempre, en su torno; años en que se acentuaba el afán, sentido en toda su vida, de encontrar ocasión del

regreso a Godella, en donde pasó su niñez y gran parte de su existencia.

Yo no pretendo que esta publicación llegue a ser, en verdad, la biografía de Ignacio Pinazo Martínez, sino más bien una aportación de datos en los que se puedan basar posteriores intentos; y esta contribución más ha de tener calor de amistad e intimidad que rigor de investigador minucioso. Conocí a Pinazo en el promedio de su vida, precisamente en Godella, en donde iniciaba yo, por entonces, una idea de enaltecimiento social en la Escuela de enseñanza primaria por considerarla ya un tanto agnizante de contenido social y trataba de revalorizarla con puntos de vista distintos y organizándola, desde el principio, con la elección del emplazamiento del edificio y aun en la colaboración en los planos que don Antonio Gómez Davó —ayudado por el también gran arquitecto Alfredo Baeschlin—, por encargo de un Ayuntamiento entusiasta, y encariñado con mi idea, y hasta con la elección de personalidades de elevada solvencia cultural como el doctor Pedro Gómez Ferrer, para dirigir los trabajos de psicología experimental; el maestro Manuel Palau en lo referente a la música —quien además nos compuso un himno con letra de Juan J. Senent Ibáñez—; Nicolau Primitiu y Carles Salvador, en la dirección del sentido valenciano, y tantas otras figuras valiosas cuya enumeración no hace al caso; y en lo artístico, el gran pintor Luis Felipe de Usabal contribuyó a la decoración del vestíbulo con un espléndido panel de azulejos que él dibujó personalmente en Manises; y, naturalmente, yo quería asociar a estos proyectos el nombre de los Pinazo, de tanta solera godellense, y contar con la colaboración del último de la dinas-

tía, a quien yo, a pesar de llevar algún tiempo residiendo en Godella, no había tenido ocasión de conocer.

Y así fue cómo, después de hechas las gestiones necesarias, y acompañado por el alcalde y el arquitecto Baeschlin, hice la visita en su casa estudio a Ignacio Pinazo Martínez para exponerle nuestros trabajos y el deseo y la esperanza de su colaboración en aquellos propósitos culturales. El resultado de aquella primera entrevista fue el generoso ofrecimiento de una figura del titular del Grupo —escultura de Cervantes que muy poco tiempo después rubricaría la realidad del ofrecimiento—, el aliento decidido a nuestros afanes y el inicio de una amistad que había de perdurar sin interrupción; luego vendrían los días de inquietudes, de necesidades, de desazones; después, los anhelantes momentos de la postguerra, con ese intercambio familiar de las pequeñas ayudas en mutua compenetración de amistad, cristalizada ya por estos inquietantes avatares.

Poco tiempo después se planteaba un decisivo asunto familiar, pues, fallecido el mayor de los hermanos, José Pinazo Martínez, en 1933, que había casado con doña Magdalena Mitjans, y de cuyo matrimonio había tenido dos hijas, María Teresa y María Luisa, e Ignacio, que de su matrimonio con doña Esperanza Martínez había tenido descendencia con Esperancita, había de hacerse la correspondiente división de bienes, división que por la índole del patrimonio había de presentar algunas dificultades de orden técnico, artístico y sentimental. El nombramiento por parte de los herederos de José Pinazo recayó en don Rafael Ferrer y en don Manuel Siguënza, y, por parte de Ignacio Pinazo, en don Ma-

nuel González Martí y en el autor de estas notas biográficas; y los convenios de los mandatarios, tendientes a allanar todos los matices del cometido, dieron por resultado, con la mutua conformidad, la feliz realización de los propósitos, y consiguiéndose la pervivencia de la casa y estudio del pintor Pinazo Camarlench, con su asignación a Ignacio, que tantas añoranzas tuvo siempre por este rincón paterno y que después ha vivido, como en un emocionado relicario de recuerdos, hasta el final de sus días.

Estos pormenores y otras pruebas de estimación que había de encargarme su directa confianza, se dicen aquí para mostrar cómo depositó Pinazo su confianza en mí, cómo pude captar los detalles más salientes de su vida, y cómo pude captar también sus ideas de arte, sus realizaciones y sus amarguras y desengaños. Y si, además, por mis aficiones históricas y mi amor a Godella me habían hecho formar, pacientemente, un personal archivo referente a las cosas de este pueblo, entre cuyos asuntos había de ocupar preferente atención la vida y la obra de los Pinazo, juzgue el lector si al ver la obra de Pinazo Martínez dispersa y no del todo bien entendida, no era de justicia el comenzar a recopilar algunos datos que pudieran servir, en el futuro, para hacer un estudio de este escultor valenciano que por encima de su vida, tan proteica y tan diversa, tuvo siempre el mayor cariño y apego al arte de su padre y de su hermano, hasta el punto de dejar su propia obra relegada y casi en la penumbra cuando, al ser más conocida y apreciada, pudo refulgir con luz propia y propios méritos desde sus comienzos.



En esta casa de la plaza de Cisneros de Valencia, nació Ignacio Pinazo Martínez



Pinazo, de niño, contempla con avidez el trabajo de su padre, en plena calle

En mi libro "Godella y los Pinazo" se trata de Ignacio Pinazo Martínez y se hace una biografía del artista, encaminada, en aquel caso, a una motivación de relaciones de los Pinazo con este pueblo. Apoyados en aquella primera intención biográfica, hacemos aquí una ampliación para dar cabida a algunos detalles que no tenían allí lugar adecuado; queremos con esta publicación de notas biográficas del escultor Ignacio Pinazo Martínez, aunar el tributo de amistad con el tributo de justicia que bien merece tan ilustre escultor.

La intención es tan sincera, que tiene ya la disculpa de la desproporción entre el propósito y la pobreza de lo conseguido. Es, pues, al principio, y no al final —como era costumbre antaño— cuando el autor ha de pedir la disculpa "a sus muchas faltas", de los autores antiguos.

* * *

Remarcamos que en este trabajo hemos huido deliberadamente de la parte anecdótica que tan corrientemente ha sido cantera para los que han querido hablar de Pinazo, seducidos, es cierto, por la arrolladora simpatía y flexibilidad de ingenio del artista.

Durante muchos años, como ya se ha dicho, hemos podido constatar su viveza de comprensión, sus atinados comentarios, sus frases rotundas, sus alusiones cargadas de intención, su inteligente punto de vista para calibrar situaciones; siempre hemos considerado de excepcional amenidad esos ratos en que hemos visto al artista trabajar mientras su conversación recaía frecuentemente en recuerdos del pasado, en paisajes lejanos, en relato de incidentes

personales salpicados de intención y de gracejo. Y todo esto —más tarde lo hemos calibrado aún mejor— escondía un fondo de hombría de bien y una irónica postura de hombre de superiores destinos.

Con ser tentador el relato de todas estas cosas para lograr una biografía completa, hemos huido de la parte de literatura que suele apostillar al arte o al artista —casi siempre con tácita intención de lucimiento del biógrafo, más que con seria objetividad—, atendiendo, preferentemente, al arte del escultor, al presentar sus obras como centro de interés y hacer de este libro como un homenaje de amistad y de admiración sincera.

Queremos contribuir, en la medida de nuestra modestia, a que las obras de Pinazo, cargadas por otra parte de justa fama, sean, dentro de la vigencia de su arte, saboreadas de nuevo por los que ya las han admirado y tienen su espíritu abierto a la comprensión, y para los que de verdad sienten la escultura como futura expresión, la lección de una personalidad muy bien definida en arte.

Esta es la razón de no incidir en efemérides que pudieran desvirtuar nuestra intención, y haber estimado más conveniente, para nuestro objeto, el reflejo gráfico de algunos momentos de su vida, limitándolos a lo indispensable, y destacar, al final, algunas reproducciones de caracterizadas obras de Pinazo Martínez, después de una sucinta relación de las que pueden contemplarse en el Museo Provincial de Bellas Artes de Valencia.

Si con todo esto logramos establecer un diálogo entre espectador y obra de arte, tenemos la convicción de que habremos logrado la presencia es-

piritual de Ignacio Pinazo Martínez entre nosotros, y el mejor homenaje que se puede tributar a un artista: la pervivencia de la emoción que él puso al realizar sus obras.

PERFIL HUMANO

SUELE gravitar, sobre la descendencia de los genios, como una verdadera losa de gloria tan difícil de superar, que en muchas ocasiones anula personalidades que, sin su carga, hubieran podido alcanzar brillantes cimas y abrirse campo con luz propia, empañada, en este caso, por la seducción del luminar a cuya órbita está todo sometido.

Porque esa descendencia, en su doble vertiente de tener la más directa participación, y en grado sumo, de la general admiración, conjugada por el natural cariño de la prole, y de la íntima lucha por alcanzar el legítimo desarrollo propio y vigencia personal, suele resolverse, es lo corriente, con una inhibición y renuncia, sobre todo si los valores intrínsecos no son lo suficientemente firmes para resistir la crisis que tanto tiempo ha de durar.

José Pinazo Martínez e Ignacio Pinazo Martínez, pintor y escultor, respectivamente, tuvieron siempre sobre ellos el peso de la gloria del gran pintor don Ignacio Pinazo Camarlench; y si para ellos, personalmente, fue en realidad un honor pertenecer a la gloriosa dinastía, fue también, para ellos, un difícil escollo para el triunfo que hubieron de labrarse uno y otro, con su valer extraordinario, y supieron llevarlo con toda dignidad; pues el cariño y la admiración que tenían por su padre no solamente los

apartaba de suspicacias, sino que más bien les daba una aureola de simpático amor filial, al mismo tiempo que su calidad de artistas de excepción les daba, en sus juicios sobre el pintor Pinazo Camarlench y su arte, valoraciones de hidalguía artística que ellos supieron muy bien vivir.

Ignacio Pinazo Martínez, hasta en sus más íntimas conversaciones con sus amigos, referíase al pintor Pinazo diciendo: "mi buen padre y maestro", con un orgullo y un cariño verdaderamente emocionantes; y es notorio su perpetuo gesto de admiración por todo lo que concerniera a la capacidad artística y a los matices familiares de su progenitor.

Pinazo Martínez podía decirse que vivía en perpetuo éxtasis admirativo. Toda la casa de Godella conservaba la huella de la vida del pintor Pinazo: el estudio, las habitaciones íntimas, la colocación misma de los diversos apuntes, todo quería Pinazo que conservara el ambiente de antaño; los rincones del jardincito godellense se dejaban un tanto abandonados, no por otra cosa que por dejar en ellos la pátina del recuerdo más vivo; en el estudio todo quedó igual, como si el tiempo hubiera quedado milagrosamente suspendido por la magia de un encantamiento, en aquellos días, y el hijo esperase que en algún momento apareciera don Ignacio, con su figura tan solemne y cordial a la vez, su gesto prócer, y tomara de la mesita sus pinceles, *que allí estaban*; pusiera los colores sobre la *paleta conservada en el mismo sitio*, y siguiera su abstraído caminar con la imaginación cabalgando por el mundo ideal del arte.

Mas si en este panorama externo tenía Pinazo Martínez el esmero de la conservación del ambiente

familiar de sus años mozos, y aun infantiles, también tenía en su espíritu resonancias paternas de la más honda raigambre. Todo cuanto Pinazo Camarlench hubiera dicho en presencia de su hijo, quedaba grabado y con tanta intensidad, que la evocación constante venía a ser como una reproducción fiel del momento y de sus palabras; y las acotaciones sobre arte, y los juicios personales sobre la vida y las más fútiles apreciaciones sobre las mil incidencias del vivir diario, eran como un oráculo que Ignacio Pinazo desentrañaba para volver a su sentido y sacar de ellas las mayores consecuencias y enseñanzas.

Y era tal la entrega a este cariño, que si en algunas ocasiones Pinazo estaba hablando de sus propios ensueños, de sus íntimos proyectos, de sus planes, bastaba una alusión al arte o a la persona de su padre, de Pinazo Camarlench, para modificar el curso mental y la línea en que se estaba desarrollando, para acomodarse prontamente a esa otra tarea de revivir el recuerdo paterno.

Este estado de exaltación constante —justificadísimo, por otra parte, como podrá aseverar quien se haya asomado un poco al estudio de la obra y a la personalidad gigante de Pinazo Camarlench— fue, acaso, una de las virtudes de nuestro escultor que más contribuyeron a que su arte no fuera ponderado en su justa medida por la crítica; y sólo para dar una prueba de estas consideraciones en torno a Pinazo Martínez, queremos traer aquí, casi de un modo anecdótico, el eco de la sesión necrológica celebrada en memoria de Pinazo Martínez, que en cierta asociación de artistas y escritores de Madrid, en la cual Pinazo había realizado durante muchos

años una gran labor personal en favor de ella, y cuya asociación organizara el referido acto conmemorativo; en aquella sesión, después de una semblanza hecha por uno de los miembros más destacados de la directiva, en la que se habló de Pinazo Martínez como perteneciente a una ilustre dinastía de artistas, el presidente de la Entidad, que tanto lo conocía y quería, expresó elocuentemente, que, como para Pinazo Martínez no había nada tan grato como el homenaje que se tributara a su padre, el pintor Pinazo Camarlench, él hablaría del gran pintor tan representativo del arte español. Y, efectivamente, hizo un minucioso estudio atendiendo a distintos puntos de vista, interesantísimos, y que nos daban a conocer la personalidad artística del padre del artista en cuya memoria se hacía la sesión.

Esta entrega total de Pinazo al arte de su padre había de permitir la cristalización, en su espíritu, de un concepto de la belleza del más equilibrado sentido: si desde muy niño había servido a su padre de modelo, y después, a lo largo de su juventud había observado con tanto afán cómo el artista elegía sus modelos, cómo los desarrollaba, los repetía, los estudiaba y al fin, cómo los plasmaba en el lienzo, había tenido el futuro artista las más sólidas bases para contemplar, más tarde, por sí solo, las obras de la naturaleza y también las obras de los artistas geniales que dieron al espíritu sentido de goces inefables.

* * *

Esto explica, en gran parte, que sea bastante dificultoso el seguir en la obra de Pinazo Martínez una línea de lo que la crítica haya considerado en su obra proyectada en la actualidad y en el futuro, pues

en las palabras de los que han hablado de su obra, la fronda de una visión general, no se ha enfocado con la nitidez y precisión como requerían las nuevas producciones de Pinazo, en las cuales podemos encontrar, eso sí, el paso de un gran artista valenciano por el mundo del arte, y distintivos bastantes para que la crítica futura no se muestre tan esquiva como la actual en la ponderación de sus valores.

Examinamos ahora las obras de Pinazo, y las vemos crecer y tomar proporciones que la proximidad de su mismo autor, acaso las velara un tanto. La "garra" que en ellas se nota, el soplo de inspiración que las anima, y que a ninguna de ellas puede negársele, son un pasaporte para su permanencia en el acervo artístico de nuestra escultura, de la mejor clase.

El artista ha de fiar al tiempo su arte, y cuando éste se deshumaniza, cuando las pequeñas peripecias de la vida pasan a ocupar lugar secundario, se sedimentan, u olvidan afanes de poca monta, va naciendo la personalidad del artista, dibujada ya con trazos firmes; y lo que tiene que quedar es imperecedero, y lo que no tiene consistencia, se hunde. El gran pintor Pinazo Camarlench es ahora cuando comienza a ser comprendido y empieza a dar al mundo fe de su existencia, adquiriendo sus obras un portentoso relieve. José Pinazo Martínez, aparentemente envuelto en injustificado olvido, pasa por el inevitable proceso de silencio de la humanidad titubeante, en pleno período de revalorización. Ignacio Pinazo Martínez ha de fiar también a la posteridad su concepto del arte y toda su obra, que si actualmente está rodeado de un gran prestigio, será mañana cuando encuentre el verdadero nivel de su definitiva catalogación, su altura real.

NOTA BIOGRAFICA

EL matrimonio de Ignacio Pinazo Camarlench y Teresa Martínez, celebrado en la parroquia del Salvador y Santa Mónica el día 12 de noviembre de 1878, por los años en que, tras muchas vicisitudes, el pintor había de obtener una pensión de la Diputación de Valencia para Roma, tuvo frutos de su bendición, en la ciudad eterna, con el nacimiento del primer hijo, José Pinazo, en el año 1879. Unos años más tarde, en Valencia, en la casa estudio en que el matrimonio Pinazo se había instalado, en la plaza de Cisneros, número cinco, venía al mundo el segundo vástago, Ignacio, el día 30 de abril de 1883.

Con anterioridad a estas fechas, la vida del pintor Pinazo había sido muy intensa en inquietudes y emociones. El aprendizaje de este arte de la pintura que tanto le había subyugado, se desenvolvía con dificultades de todo orden: sentimentales, económicas, ambientales, etc., que habían comenzado, en realidad, con los primeros pasos en la vida y que hubo de arrastrar con un estoicismo y una entereza admirables. En una de las fases de su avatar, centrado ya en el campo de la pintura, fue nombrado profesor de colorido de la Academia de Bellas Artes de Valencia, después de haber sufrido las inquietudes y molestias de la epidemia colérica; en esta clase había de matricularse uno de los hijos de "Pepet, el de Blay",

de Godella, y de su amistad con la familia Marco habría de salir primero el proyecto y después la realidad de la construcción de una casa en aquel pueblo, casa que más tarde habría de transformarse en estudio y después en definitiva residencia.

Todo esto coincidía con el nacimiento de Ignacio, y por ello, el nuevo niño tendría como campos de juego, y con doble encanto, la casa estudio de la plaza de Cisneros y la casa de Godella, que cada vez era más grata a la familia Pinazo; los dos niños se desenvolvían, pues, en el ambiente de arte que don Ignacio creara en los dos estudios, y en el que sus dos hijos habrían de ser los modelos preferidos para los admirables cuadros, desde "Juegos Icaros", "El Guardavía", hasta las "Lecciones de memoria", tan laureados después; con lo que Pepe e Ignacio habrían de formar sus retinas en las gamas admirables de una paleta maestra, el ejemplo de una laboriosidad en el hacer diario, la sinceridad de una expresión en escuela austera del buen trabajo y la visión clara de la naturaleza en esa constante lección del verdadero artista.

El respeto a la forma; el objetivo afán de buscar la verdad, por ejemplo, en unos desnudos —mujer u hombre—, cuyos modelos están frecuentemente en el estudio; la captación de rincones del pueblo, el apunte de alguna escena local, habitúa a los niños a querer imitar lo que ven hacer: entonces pintarrajean con lápices, con colores, lo que ellos, libremente, quieren expresar y acaban "viendo" con su fantasía sublime, una verdadera realización, que en realidad sólo existe dentro de ellos. Todo este "substratum" que los mayores no suelen apreciar en sus justas dimensiones, causa en los niños un fondo de viven-

cias que más tarde resucitarán impetuosas y avasalladoras si Dios puso en ellos el "quid divinum" del arte.

Por eso, cuando a los nueve años comenzaban a cristalizar las inquietudes de Ignacito y su padre lo envía a la Escuela de San Carlos, y el pintor don Vicente Borrás le enseña las primeras lecciones de Geometría, y después va a la clase de figura, puede decirse que el niño está, desde hace tiempo, en su propio ambiente; se desenvuelve con toda soltura y hasta las travesuras de chico se celebran por alumnos y maestros, de tal forma, que si algún día falta a clase, habrán de preguntar con interés por "Pinaset", echándolo de menos.

"Pinacito" sería pintor, ya que Pepe, el mayor andaba con el barro y los palillos haciendo figuras escultóricas; mas el complejo mundo de los niños habría de determinar, en la mutua admiración, que el menor, tras de fabricarse unos palillos que él se afinara en el secreto de la intimidad, acabara siendo escultor, y Pepe trocara los palillos por los pinceles.

Aclaradas definitivamente las cosas, claro que sin la menor intervención del padre, emprende el novel artista su ruta, tan libremente que si hoy contemplamos aquellos apuntes de su juventud primera, los veremos, en su anárquica concepción, como esos modernos estilos llenos de audacia, y sin el más ligero respeto por la técnica ni por la estética.

Es poco después cuando encauzadas las incipientes facultades y colocado en el camino firme de la búsqueda de la expresión cuando comienza a saberse lo del acíbar de la incompreensión. Paso a paso hay que abrirse camino y subir, escalón por escalón, a las cimas de la fama, superando, en principio, el peso

del apellido con dos grandes valedores: el estudio y el trabajo, que sin alardes habrían de ser los dos perpetuos compañeros del artista. No son palabras vanas las que aquí se han estampado: *trabajo y estudio* que ya en los últimos años de su vida, en su discurso de la Academia las había de glosar Pinazo como un "ritornelo" de su vida.

Cuando a los diecisiete años marcha a Madrid, ingresa en el estudio de Mariano Benlliure, el escultor más afamado de su época y en su mejor momento; le enseña a modelar, y allí aprende Pinazo aquel realismo tan personal y tan garboso de aquel ilustre escultor. Alterna el trabajo del estudio con las sesiones de labor de la Escuela de Bellas Artes de San Fernando, y también con las del Museo de Reproducciones Artísticas. Y como no ha logrado la ayuda de ningún mecenas, son, también, estos años de labor agotadora, años también de necesidades sin cuento.

El espíritu de Pinazo se va formando con esa intuición del verdadero artista; empieza a huir de las modas al uso, que rara es la época que no las padece, y los grandes maestros le van ganando el corazón: Grecia, Roma, el Renacimiento, Miguel Ángel y Canova, sobre todo, han de ser en lo sucesivo luminares en su vida artística.

Anuncióse en Valencia la oposición a una beca para Roma. Decidido a tomar parte en los ejercicios, deja el agotador trabajo que le retenía hasta altas horas de la noche, como última sesión de trabajo, en las clases del Círculo de Bellas Artes de Madrid, como ya se ha dicho, y comienza la preparación intensa en la ciudad del Turia. Tema de los ejercicios es la estatua del grabador Esteve, y si a ninguno de los opositores se le ocurrió documentarse convenien-

temente, Ignacio Pinazo va al Museo de Bellas Artes, donde el pintor don Francisco de Goya tiene de Esteve un gran retrato, y allí lo estudia minuciosamente, acude a bibliotecas, completando la información plástica, y naturalmente, el jurado ve en esta obra de Pinazo, además de la verdad de la efigie del grabador y de su ambiente, la orientación sana del artista y le otorga la plaza.

No quisiéramos pasar de aquí en esta panorámica biográfica; mas si en este estudio se ha de perfilar, además, algo del sedimento que la vida dejara poco a poco en la vida del artista, diremos que esta resolución del tribunal fue protestada por algunos profesores de la Academia y, sobre todo, por algunos amigos íntimos de Ignacio Pinazo, y que, una reacción popular hizo que el fallo del tribunal tuviera su confirmación, al mismo tiempo que en los labios quedaba el amargo sabor de una ingratitud.

Cuatro años transcurren en la histórica Roma; Florencia es también visitada largamente y después París, completa el ciclo de la pensión de la Diputación de Valencia, que antes que Pinazo Martínez habían obtenido Ferrándiz, García Mas, Pinazo Camarlench, Joaquín Sorolla... lo que para nuestro joven artista constituía, naturalmente, uno de los mayores timbres de gloria y después un recuerdo imborrable.

Si durante los años de pensionado en Roma y en París remitió puntualmente los reglamentarios trabajos a la Diputación de Valencia, no se habría de polarizar ahí la labor del artista, sino que esta primera salida al extranjero le serviría para conocer directamente los grandes maestros y también el ambiente peculiar en que éstos pudieron desenvolver su genio. Y el sedimento de impresiones de la vida, en todas

sus dimensiones, habían de dejar, también en su espíritu experiencias de todo orden, que tanto habrían de influir en su obra.

Terminada la pensión en París, aún quedaba a Pinazo por recorrer la experiencia de trabajar en la capital francesa con sus propios medios y conocer, también, además del rudo trabajo de talleres, la interesante época en que se fraguaban movimientos estéticos que hoy aún perduran, en supervivencia inusitada. Había de ser Pinazo protagonista, también, de aquella bohemia romántica, un poco a lo Murger, del Barrio Latino donde instalara su estudio y en el que residían aquellos "apaches del arte actual" como ellos mismos se denominaban, cuando después de María Blanchard y Juan Gris, era Picasso el desconcertante pontífice de una nueva versión del arte, y que, después tendría en su haber tanta literatura.

Nunca Pinazo fue desertor de su propio arte ni traicionó su solera. Visitó la casa del famoso malagueño, describiendo su estudio con pintoresca fidelidad; pero siempre creyó en la seriedad de un arte por encima de las convencionales fluctuaciones de la popularidad.

Por estos años recibiría el escultor el encargo de hacer la reproducción de la "Dama de Elche", de que luego se hablará, y juntamente con el trabajo en los talleres parisienses, apenas quedaba a Pinazo tiempo que emplear en lo que no fuera el cumplimiento de sus cometidos.

* * *

Conviene ahora abrir un paréntesis en la biografía de Pinazo y dar a conocer otro de sus aspectos artísticos, que tanto había de representar en su existencia.



Ignacio Pinazo Martínez en el estudio de Godella



Ignacio Pinazo y su esposa, doña Esperanza Martínez Alfaro, en el estudio de Godella



Ignacio Pinazo en su estudio de Madrid



Pinazo modelando el busto del Gobernador Laporta

Los Pinazo, como ya se ha dicho, habían encontrado en Godella una especie de tierra de promisión, con su paz, con su ambiente sano y sus naturales, entrañablemente afectos a ellos. Si don Ignacio había hecho del pueblo una ampliación del estudio y sus hijos también estaban desde niños arraigados, no sólo por sus trabajos —José había tomado una casa en "El Poblet" donde trabajaba y donde después pintó su "Floreal", e Ignacio había hecho un pequeño estudio junto al de su padre—, sino también por sus relaciones de amistad, tomando parte en cuantas manifestaciones populares y artísticas allí se realizaban, también Godella correspondía con afectivas muestras de cariño y respeto al arte de don Ignacio; y ni eran los Pinazo extraños en Godella, ni Godella estaba fuera del corazón del artista. Esto explica que habiendo surgido en Godella uno de esos artistas de excepción, que, de familia modesta, había ingresado como infantillo en el Patriarca, de Valencia, pues había dado ya muestras no solamente de su extraordinaria afición a la música, sino que también había sido dotado de una voz exquisita, lo que unido a una bondad natural suya, había atraído hacia sí el interés de muchas personas entrara en el selecto círculo de arte de aquella familia que llegaba al pueblo. Este niño era Lamberto Alonso, que, después de iniciada su formación en Valencia, pasó a Italia en donde su maestro, el gran Cotogni, logró completar la formación artística del joven y devolverlo a España, después de que los públicos de Italia lo habían aclamado. Este joven artista era también muy aficionado a la pintura y ya había realizado algunos cuadros, por lo que la venida de un pintor de la categoría de Pinazo había de ser para Alon-

so un acontecimiento. Efectivamente, Pinazo influyó de manera decisiva en el arte pictórico de Lamberto Alonso, que siempre acusaría la escuela pinaciana, y la amistad había de extenderse a los miembros de las familias respectivas; por lo que Ignacito, aún con mucha diferencia de edad, inclinó su predilección por Alonso y éste también otorgó su amistad al pequeño escultor.

Lamberto Alonso, dentro de ese ambiente de cordialidades familiares, observó una voz bien timbrada y un incipiente buen gusto por la música, y no tardó en darle las primeras lecciones de canto y a desarrollar en él la emoción de la buena música. Ignacio Pinazo llegó a cantar en público, y si bien no constituyó su profesión, le sirvió para dar a su espíritu dimensiones distintas y aún más amplitudes de horizontes estéticos.

Y cuando, después, Pinazo, ávido de conocer el mundo, viaja por América —Buenos Aires, Cuba, Méjico, Venezuela...— y llega a Estados Unidos y quiere asistir al Metropolitan para oír a Caruso en New York, se entera de que Lucrecia Borja —Lucrecia Bori—, a quien él había conocido en Valencia, en casa de don Antonio Martorell, canta allí "Manón", acude presuroso, y es en el teatro, desde su butaca, el primero que inicia el aplauso al terminar la romanza de la ópera de Puccini.

Esta afición musical, andando los años, había de traducirse en positivas iniciativas, como se dirá más adelante, en la Real Academia de Bellas Artes de San Carlos, de Valencia.

* * *

Por estos años —1914—, para salvaguardar las obras del Museo de Luxemburgo del peligro de los disparos de los cañones alemanes, se trajeron a Madrid gran número de ellas. Al terminar el conflicto, la Dirección General de Bellas Artes designó a Pinazo para la secretaría de la Exposición de Arte español que había de celebrarse en el Petit Palais, de París, organizada por el "Comité Francés de Rapprochement", después de haber intervenido en el salvamento de los tesoros belgas. Pinazo presentó en esta exposición una cabeza en bronce plateado de Marisa Pinazo, que, más tarde, fue adquirido por el Museo de Burdeos.

En el año 1920 se organizó la Exposición de Arte Español, en Londres. Era presidente de la Junta organizadora el Duque de Alba, y propuso para secretario a Ignacio Pinazo, quien personalmente tuvo que acompañar en un buque y en condiciones un tanto dramáticas, el envío de las obras maestras del Museo del Prado, hasta dejarlas instaladas en una magnífica Exposición decorada con tapices del Palacio Real de Madrid, y a cuya inauguración asistieron los Reyes de Inglaterra y también los soberanos españoles doña Victoria y don Alfonso XIII, acompañados del Duque de Alba, del Embajador Merry del Val y del gran pintor y crítico de arte don Aureliano Berruete, entre otras personalidades. Pinazo tuvo un éxito personal en la organización y desarrollo de esta importante Exposición y, además de los reconocimientos oficiales, recibió las mayores felicitaciones de cuantos elementos, artísticos u oficiales le habían encomendado la responsabilidad de tan alto Certamen.

Ignacio Pinazo había instalado en Madrid un estudio, en la calle de Lope de Vega, por donde desfila-

ron los más representativos valores del arte español. Era un simpático rinconcillo bohemio, que parece ser construyeron para habitarlo los artistas hermanos Madrazo, con todas las características de los que sirvieran a Puccini y Leoncavallo de escenario para sus "Bohemes" respectivas, con sus ciento veintiocho escalones para acceder a él, su desenfadado ambiente de romanticismo, y la consiguiente carga de esperanzas e ilusionados proyectos. Llovían los encargos, o se pasaban épocas de inquietud; se estrechaban relaciones culturales, se vivían auténticos días de verdadera fiebre artística, se depuraban conceptos... en una palabra, se vivía la característica existencia del artista que tiene en las manos un porvenir de gloria. Mas la atracción de Godella ejercía influencia constante sobre nuestro artista; allí estaban sus padres tan queridos, allí sus amistades de niño, relaciones entrañables; y los viajes se prodigaban con inusitada frecuencia.

Salió por entonces la convocatoria al profesorado de dibujo de Escuelas Normales, y después de ganar la oposición, elige la plaza de Albacete, como punto equidistante de Madrid y de Valencia, para no alejarse de su casa valenciana y de su estudio madrileño; a su paso por Albacete había de dejar también, muestras de su arte en diversas manifestaciones y relaciones de amistades que pervivirán después. La vacante de Madrid, solicitada por Pinazo, determinó su regreso a la Corte, para desempeñar la cátedra, así como la titular de profesor de dibujo de la Escuela de Artes y Oficios, supuso un cambio de dirección en su vivir. Su matrimonio con doña Esperanza Martínez, el nacimiento de su hija Esperancita, habían de dar un matiz afectivo a Pinazo, de tal calibre, que co-

menzó a ver lejanos los días de inquietud y lucha. Ahora esa lucha ha de ir asida al verdadero cariño que él siempre había anhelado.

Dejó el romántico estudio de Lope de Vega y se instaló en un hotelito de nueva planta situado en Madrid. Moderno, con capacidad para una vivienda cómoda y un estudio bastante amplio, en el que atendería los encargos que llegaron de diferentes partes.

Decíamos en una publicación dedicada a Pinazo: "La vida del artista Ignacio Pinazo Martínez no discurre, ciertamente, por cauces trillados de monotonía. Al planteamiento de una vida dedicada al arte se acompaña casi siempre un cortejo de pequeños problemas acordes con el temperamento del artista; hay una tensión subjetiva que agranda el mundo afectivo —para gozar o para sufrir—, y que recoge, sublimándolas, las más encontradas impresiones: la incompreensión, la malquerencia..., toman proporciones gigantescas que han de arrastrarse toda una vida. También Pinazo tuvo en los labios el acíbar de esas realidades, y si en temperamentos débiles son causa de desalentado abatimiento, a Pinazo le sirvieron, más bien, de estímulo al sobreponerse y cifrar en el trabajo el más eficaz antídoto".

* * *

Hasta 1948 no tuvo Pinazo el galardón de la primera medalla, habiendo obtenido, en el año 1915, la segunda medalla, en aquella Exposición Nacional. En el año 1949, habiendo sido nombrado Hijo Adoptivo de Godella don Ignacio Pinazo (que si había venido a Godella poco tiempo después de su nacimiento en la plaza de Cisneros, en Valencia, y realmente se ha considerado como godellense, quiso el Ayuntamiento

patentizar su admiración con ese nombramiento), se hizo la entrega solemne de la copia del acta en artístico pergamino trazado con todo cariño por el artista local, don Bartolomé Lloréns "Tolo", en un acto público celebrado frente a la portada de la Iglesia de San Bartolomé y junto al busto de su padre, el pintor Pinazo, con asistencia del Gobernador Civil de Valencia, autoridades provinciales y locales, Círculo de Bellas Artes, con representación muy numerosa de artistas, y en el que Pinazo cerró con un expresivo resumen los discursos que allí se pronunciaron y con palabras de gratitud a Godella por esta gentileza. En estos años su madurez artística alcanza obras definitivas, que han de reflejarse, en su mayor parte, en imágenes de madera policromada, o en decorativos monumentos.

Haciendo una imagen para una iglesia, tiene un accidente que le obliga a guardar reposo; mas como su espíritu inquieto no se aviene a dejar de producir y proyectarse hacia el arte, recuerda sus primeros pasos de pintor, y comienza otra actividad menos peligrosa y más sosegada; requiere los pinceles y esboza los primeros lienzos: flores, bodegones, cerámicas, composiciones diversas, son los motivos elegidos para la nueva modalidad de arte, que comienza siendo un lenitivo y será, después, un refugio de paz en los días en que la salud no le permita otras empresas.

Tiene ya dos nietos del matrimonio de su hija Esperancita con el Arquitecto Eugenio Casar Estellés. La vida del artista se desliza por cauces más apacibles. En Madrid, es asiduo al Círculo de Bellas Artes. Varios amigos lo encaminan hacia la Academia de Bellas Artes de San Fernando, de la que ya anterior-

mente era Correspondiente. Acaso la elección planteada para elegirlo Numerario, es un resumen de viejos procedimientos, y la decepción que le produce el resultado sea la postrera amargura que le proporcionen personas que, en cierto modo, le estaban obligadas.

Menudean ahora, mucho más, los viajes a Valencia y comienza a hacer más largas las estancias en Godella, en donde, por otra parte, siempre encontró en el recuerdo de las cosas que pasaron la presencia latente de sus familiares, la sombra de su padre, lienzos de ilustres amigos pintores notables, cachivaches de evocación, lealtad en las conversaciones...; ya son más raros los viajes a Madrid; en el Círculo de Bellas Artes, de Valencia, tiene buenos amigos en un ambiente propicio que le es más fiel, desde los tiempos en que, en Valencia, ejercía sus actividades. Y en el querido estudio de su padre, donde tantas esculturas modeló, instala ahora su taller de pintor, por el que van desfilando las flores de su jardincito, los cacharros de cerámica de Manises, de Onda, de Alcora, que quedarán fielmente fijados en elegantes lienzos, entre suntuosas sedas o tapices decorativos. Son ya días de verdadera tranquilidad, en los que su buena esposa Esperanza, silenciosamente, prodiga los mayores cuidados a la salud de Pinazo, que ha comenzado a dar señales de preocupación.

Es también, por ahora, la Real Academia de Bellas Artes de San Carlos, de Valencia, la institución que ha sabido retener fuertemente el espíritu inquieto de nuestro escultor; en sesión de la misma, en 1967 le nombró Académico de Número. Su recepción solemne tuvo lugar el día 30 de abril —precisamente el mismo día en que cumplía sus 85 años—, en el salón

de actos de dicha Corporación, constituyendo un verdadero acontecimiento. Su discurso "Arte, Amor y Trabajo", fue una verdadera lección de humanidad, de amor al arte y a Valencia; y fue la contestación, por parte de la Academia a cargo del escultor Octavio Vicent, en muy discretas y sentidas frases de admiración y reconocimiento. El presidente de la Academia, Excmo. Sr. D. Javier Goerlich Lleo, imponía a Pinazo, tras unas elocuentes palabras, la medalla de Académico de Número que, precisamente era la que su padre, el pintor Pinazo Camarlench ostentó cuando fue Académico también de la de San Carlos.

Fue también, el señor Goerlich quien expresó su admiración por el arte de Pinazo, reclamando —con anuencia de su autor—, de los poderes públicos la hermosa escultura "Enigma", galardonada en 1948 con la primera medalla, y personándose en el Museo de Arte Contemporáneo de Madrid, donde estaban depositadas en silencioso olvido, las obras premiadas en los certámenes nacionales, hizo, con su característica actividad, los mayores esfuerzos para conseguir para la Academia esta joya escultórica, que hoy puede contemplarse, gracias a esas gestiones, en toda su belleza en el Museo de Bellas Artes de Valencia.

Con verdadero entusiasmo asistía Pinazo a las sesiones ordinarias y no como simple espectador en ellas sino llevando felices iniciativas que se tradujeron en actos de verdadera vitalidad corporativa, en una leal colaboración con la presidencia y con los compañeros académicos.

Fruto de estas compenetraciones sería la moción presentada por Pinazo, en homenaje a la música y atendiendo a la tradición musical de Valencia, de

crear en la Academia sección dedicada a esta bella arte, postulación que si ya estaba en el ánimo del presidente, fue acogida con el mayor cariño, defendida juntamente con Pinazo y aceptada unánimemente por la ilustre Corporación. Académicos de solera y tradición, ocupan hoy, con gran prestancia estas secciones, que acaso sean el primer precedente tan elevado en cuanto a esta modalidad musical se refiere.

Sus últimos años fueron así ocupados por este vivir del pasado. Dos Exposiciones en el Círculo de Bellas Artes, recogieron las últimas actividades pictóricas de Pinazo. Poco a poco el peso de los años fue haciendo mella en su organismo, y, aunque conservó siempre, hasta los últimos momentos, una lucidez prodigiosa, un día, el 10 de octubre de 1970, entregaba su alma al Creador, en Godella, rodeado de su esposa, de sus hijos y nietos, y de amigos muy queridos de él.

A los tres días de su muerte, por disposición testamentaria, fue dada a conocer, y también dando cumplimiento a un anhelo de toda su vida, fue su cadáver inhumado en el Cementerio General de Valencia, precisamente en el nicho de su padre, con quien quería reposar para siempre.

CREDO ESTETICO

HAO tenemos necesidad de desempolvar literatura de gran número de críticos que definieran el arte de Ignacio Pinazo. Están muy cerca sus comentarios, su presencia física y resuenan aún sus palabras para rebuscarlas en los juicios de los demás. Y también están sus obras.

Para nuestro objeto estamparemos algunas frases tuyas contenidas en el discurso de ingreso en la Real Academia de Bellas Artes de San Carlos, añadiendo algunos recortes de prensa, muy íntimos, para conocer lo que Pinazo pensaba y lo que de Pinazo pensaban algunos comentaristas.

“Respetando —copiamos del discurso—, claro está, las opiniones contrarias a la mía, sin embargo, yo creo que el artista nace y no se hace. Son muchos los casos que conozco de seres nacidos en un ambiente no relacionado en absoluto con las artes, y salir de él grandes pintores, músicos, poetas, etc. Con esa virtud que no es, ni más ni menos, que ese sentimiento de arte que germina en el ser que, atraído por la belleza de las cosas, ama, en principio, y casi sin darse cuenta, la belleza que, a mi modo de ver, no es sino el sentimiento que producen en nosotros las cosas, los seres y la naturaleza toda. La belleza es ese germen que florece y fructifica en el ser, que al admirar las cosas todas de la naturaleza, hacen

en uno una expresión de arte, expresión estética del sentir de uno y que revelamos por medio de las manifestaciones artísticas más propias a nuestro sentir, para expresarnos y hacer ver a los demás la belleza, que no es estética, no: es el alma. Y no es el alma que va al cielo, no: es la que vemos elevarse por sus méritos y virtudes a la gloria del arte y a todo lo que engrandece a la humanidad". "A mi modo de ver y sentir, estas apreciaciones y sentimientos son los que más tarde culminan en la producción artística, formando la obra plástica, en escultura, en pintura, música, etc., y ello asimismo, en virtud y desarrollo del entendimiento; es la belleza poética que el artista traslada genialmente a un *Juicio Final* o a una *Venus*; ese es, pues, el sentir que, aunque naciera en ambiente ajeno a toda manifestación artística, es la necesidad y deseo de, por medio del arte, satisfacer lo que de natural vio en la propia naturaleza y, con ello, hacer ver al expectador cómo plasmó en su alma aquel elemento que tan vivamente le impresionó y que únicamente se puede mostrar a los demás, por medio de una de las artes: arquitectura, música, poesía, pintura, etc. Las obras nuestras, cuadros, esculturas, poesía, sonata, son como los hijos que tiene su inspiración en el amor y de lo que nace de éste, a nadie se parece: "Ello es amor", *pues, cuando nada se cree, nada se crea*".

"Cuando iba camino de Roma, pensionado por la Diputación valenciana, quise, antes de llegar a Roma, detenerme en ese maravilloso museo que es Florencia toda; Donatello, Lucca de la Robia, Miguel Angel, en donde puede tributarse el mayor elogio al desmesurado esfuerzo de este titán, hasta como picapedrero inclusive, el genial Miguel Angel, asombroso en

todas sus manifestaciones de gran ingenio en sus artes. Sólo voy a referirme a su modalidad escultórica, y pasmado y perplejo quedé al contemplar, admirado, tal prodigio de trabajo, pues, ustedes ya saben que el arte escultórico tiene diversas y variadas facetas y una gran parte de trabajo, que podríamos llamar material. El desbaste en mármol, hasta llegar al lugar en donde tenemos que iniciar la forma, el retoque de las ceras, cuando se trata de ejecutar una obra en bronce, todo lo cual lo estimábamos nosotros hacer y ahora, en la actualidad, hemos cedido dejarnos ayudar, en todo cuanto se refiere a preparación. Pero ante el titánico esfuerzo personal que representa cuanto hizo Miguel Angel, Confieso a ustedes que llegué a Roma maltrecho moralmente, ante lo que supone aquella labor inmensa que comenzada deja tan *genial mano maestra*, que directa en el mármol, esbozada como sabia lección, que sirva de pauta para que reaccione el arte escultórico del dulzón amaneramiento de época no lejana, ya que todos conocemos cuanto supo hacer con una pulcra y cuidada terminación, como lo es el *David* de Florencia y en la *Piedad* del Vaticano".

El maestro López-Chavarri, que frecuentemente iba a Godella a visitar a Pinazo, escribía en "Las Provincias", de Valencia.

"¡Y dirán que la vida del escultor es reposada! En el estudio que tiene un inefable encanto de gran arte y de gran artesanía, el escultor (desde Fidias hasta nuestros días y hasta siempre), ha de remover grandes masas de piedra o de barro, ha de hacer ejercicios de escalamiento y subirse a respetables alturas en improvisados "cadafalcs" y allí, en posturas

inverosímiles, ir manejando el cincel y la gubia, para que entre la informe mole, vaya surgiendo la forma, la vida, llena de emoción. Nuestros lectores ya saben que Pinazo es un "argent viu", una ardilla, y que su trabajo es afanoso e intenso. Pues bien, pocos días ha, tuvo un percance que fue serio y pudo haberle costado muy caro: tal vez la vida. Que el trabajo de los escultores tiene estas bromas.

Ignacio Pinazo "lleva" entre manos varias obras; las más adelantadas son el boceto del famoso Vina-tea, en donde, antiguas aficiones dramáticas del escultor, parecen resurgir en la figura del defensor de los fueros valencianos. Acabada está la maqueta; ¿definitiva?, ¡quien sabe! La mente del escultor está siempre en efervescencia y son continuas sus intervenciones en las obras que realiza.

Así, una magnífica escultura de la Virgen Nuestra Señora, en madera, ¡bien española!, y con ese valiente barroco valenciano, está terminada. Pero el artista mira, remira y con la gubia da un toque, luego busca por otro lado, se encarama en un tablado, improvisa otro más alto, con unas cajas de madera..., y el susto. Divina locura que hace de Ignacio Pinazo un espíritu en tensión, descuidado de sus dolores para volver a sus estatuas, a su gubia, y..., a desmontar otra vez los cajones para empingorotarse por ellos con asombro y susto de su bonísima esposa, que entra en el estudio y lo ve trabajando como si tal cosa".

Guillot Carratalá, crítico de arte, escribía sobre Pinazo:

"...Ya en España había conseguido galardones como terceras y segundas medallas en Madrid y Zaragoza. Después de un paréntesis de veinte años en

que no se había presentado a los certámenes Nacionales, y esperando la primera medalla, porque ya se había hecho acreedor a ella, en 1948 concurre con su conocida escultura "Enigma", que al fin consigue la primera medalla de oro. Su mayor gozo fue realizar el monumento a su querido padre, emplazado en Valencia, el cual fue inaugurado en 1949".

"...Obras que llevaron a la gloria del artista con toda su lucha, un tanto amarga, ya que los cabildos artísticos de los Certámenes oficiales hicieron justicia a largo plazo para este gran artista valenciano que no hizo más que embellecer de obras eternas el ámbito de toda España. Obras de imaginaria ha tallado muchas en madera, ya que su principal interés fue siempre crear bellas esculturas religiosas, como lo hicieron los maestros Montañés, Juni y Mena; pues Pinazo, habiendo sido siempre artista de espíritu clásico no traicionó jamás, los cánones del buen trabajar y el buen arte. Y, por lo general, siempre que tenía y tiene una imagen religiosa, su ferviente entusiasmo ha sido hacerla lo más piadosa posible para que ofreciera fe a sus admiradores y devotos. Su "Cristo de la Paz" para la iglesia parroquial de Godella (Valencia) es una de las mejores interpretaciones imaginarias; "San Vicente Mártir", para Valencia, es también una de las que con mayor amor se exhibe".

"Su estilo siempre se manifiesta un tanto barroco en sus obras, dado el cariño que los artistas valencianos sienten por la línea ondulada; pero la perfección constructiva, llena de belleza, tiene la severidad de la escultura dramática y mística, al mismo tiempo, que pudo tener Alonso Cano en las primeras décadas del siglo XVII; Cano también procedía de un taller de pintura, puesto que, aunque aprendiera con

Montañés, había aprendido la pintura con Pacheco y Castillo, y Pinazo, al lado de su padre, hubo de ver cómo se pintaba en los tiempos románticos, bello y noble oficio que no dejó de saber para utilizarlo en la policromía de sus imágenes celebradas en toda España. Buen dibujante, pintor magistral, Ignacio Pinazo puede ostentar honrosamente la Encomienda de Alfonso X el Sabio que el Gobierno español le concediera en 1945."

"Gran alborozo produce siempre en nuestro sentir artístico, asistir a la terminación de una obra salida de las manos de nuestro escultor Pinazo Martínez. Laureado ya en 1915, en lucha clara y valiente y pudo llegar a la medalla de oro que le otorgó una Nacional. No era menos artista antes, puesto que Pinazo lo fue desde que vio la luz en su tierra natal, Valencia. Su facultad máxima de sentir la noble naturaleza o la realidad ideal para la escultura se la concedió Dios. Sus obras lo dicen todo."

* * *

Consideramos con lo que antecede bien definido el objeto de nuestro propósito; y para coronarlo, hemos de recordar algunos juicios suyos sobre este momento actual, tan desconcertante. Aludiendo a ello, dice Pinazo en el ya mencionado discurso de la Academia: "El Greco refresca el alma en este momento deplorable de las artes en general."

"Ya se había llegado a la cumbre en el retrato del Papa Doria, de Velázquez, en que no cabía más verosimilitud ni más logro de realismo en aquel labio que supura materialmente. Entonces nos rendimos y buscamos otros caminos y que tampoco es el de la *Venus de Milo*, ni las *Parcas* del Partenón. ¿Pues no



Ignacio Pinazo con las autoridades que presidieron el acto del descubrimiento de una lápida en la casa en que vivió y murió su padre



El Presidente de la Real Academia de Bellas Artes de San Carlos, de Valencia, impone a Ignacio Pinazo la medalla de Académico de Número

habíamos quedado en que Grecia es la cuna de lo bello? Pero, ¿es lícito que con la grandeza del arte *todo merece*, sea camino para encontrar una nueva orientación o modalidad el valerse de unos tubos de vieja estufa, o un estribo de viejo camión, que con una, también vieja, máquina de escribir, formemos un montón y nos consideremos con derecho a apellidarlo escultura?"

Y "Bradomín", que es entrevistador en Valencia, le pregunta una tarde:

— "¿Y qué piensa usted de esta escultura contemporánea que huye de toda figura natural o real?"

— "Sencillamente que eso no es escultura. Que le den otro nombre y empezaremos a ponernos de acuerdo. Quien comienza por no saber dibujar, para luego no saber modelar; quien no tiene el menor concepto de la belleza que es una obra suprema de Dios; quien no sabe que todas las cosas de la tierra, plantas, flores, animales, el hombre y la mujer, cantan las glorias del Altísimo, porque son como son, reflejo de la belleza divina, ¿qué sentimiento, qué idea puede tener del arte, que no es copia, sino consulta; que es, en lo posible, sublimación de la naturaleza?"

PANORAMICA DE LA OBRA

LAS primeras vacilaciones en la elección del camino a seguir, no fueron meros intento de niño; más bien indican una irrefrenable fuerza de expresión en la potencial inconsciencia infantil. ¿Qué más da pintura o escultura? Lo importante era manifestarse creando belleza, porque esto ha sido el ambiente en que ha nacido y ha aprendido, desde que abrió los ojos a la existencia; y es tan intenso que no cabría ni imaginar otro camino que el del arte.

El comienzo, sin embargo, no pudo ser más desalentador. Al completar esta disposición y confeccionar una esculturita, que él tituló "Mi primera obra", un crítico, que no supo ver el balbuceo de un niño casi, le ataca espetándole: "¿Su primera obra? Esa no es, señor Pinazo, su primera obra; su primera obra la hará usted cuando sepa."

Todos los principios están erizados de espinas. Cuando marcha a Madrid y comienza el difícil camino de abrirse paso con un apellido glorioso, acabará formándose una opinión personal del camino a seguir. Es entonces cuando, después de las enseñanzas de Benlliure, decide trabajar en personal estudio acometiendo el modelado de cabezas o bustos de amigos como Vañó, Martorell, Almenar, y acabando con el de esculturas ya más logradas, como "San Francisco" y "Prisionero por hambre", concurriendo a exposicio-

nes y obteniendo la primera recompensa: una mención honorífica que le supo a gloria.

Después de los ejercicios en que obtuviera la beca para Roma y París, y no satisfecho con los envíos reglamentarios, puntualmente cumplidos, había de modelar una figura con qué expresar, fuera de la cortesía oficial, la gratitud a la Corporación que tanto le ayudó a conocer un mundo de arte, presentido, pero que, sin aquella ayuda, acaso le hubiera sido muy difícil conocer. "El Saque", es pues, en principio, una deliciosa ofrenda de Pinazo, con la que enviada a la Exposición Nacional de 1915, habría de obtener segunda medalla, por la oposición de algunos miembros del Jurado, amigos de Ignacio Pinazo, que no quisieron considerar la propuesta del Jurado para primera medalla.

Ya se ha apuntado la intervención de Pinazo en la copia de la "Dama de Elche". Diremos que siendo don José Ramón Mélida, director del Museo de Reproducciones Artísticas de Madrid, tuvo la idea de hacer la reproducción de la pieza arqueológica que se había descubierto en la bella ciudad alicantina de Elche. Esta escultura ibérica, de gran interés para nosotros había sido adquirida por un precio irrisorio, por Pierre París, que la vendió a un banquero judío, Mr. Bardak, quien a su vez la vendió al Estado francés, para el Museo de Louvre, con lo que España se privaba de una de las obras fundamentales de su tesoro artístico e histórico. A fin de que, al menos, España tuviera una buena copia, se eligió a Pinazo como artista idóneo para realizarla ofreciéndole dos proposiciones; o recompensarle con una cantidad previamente convenida, o bien, dejarle la exclusiva de reproducción, optando el escultor por esta última pro-

puesta. Trasladado a París se llevó a cabo el modelado de la figura, al principio de manera muy incómoda, pues, tomadas precauciones pueriles, de protección a la "Dama" —como no dejar destapar la urna, ni sacar improntas, ni aún tomar medidas directas—, suavizadas más tarde por el prestigio personal de Pinazo, permitieron finalizar el trabajo sin tantas dificultades. Esta reproducción está a todo honor en los Museos de Europa: Viena, Sencautener de Bruselas, Moscou, British Museum de Londres, Metropolitano, Casa de España y Society Spanich de New York, Universidad de Lión, Círculo de Bellas Artes, Casa de Velázquez, etc., así como en las más prestigiosas Sociedades Culturales del mundo.

Continuaba Pinazo trabajando con febril actividad. Las Exposiciones se sucedían y a todas concurría con esperanzado afán. "Grupo Valencia", "Edetana", "Flor de Valencia", pertenecen a estas épocas. Modeló cabezas en bronce como la del valenciano "Tío Quico", el "Alcalde de Benifaraig"; otras en mármol, como "Roseta"; tallas en madera policromada, como la cabeza de "Cristo en la cruz", "Mortus est", grandes figuras monumentales, como "Mujer", llenan su vida con intenso trabajo y derroche de ilusión.

Mas conviene insistir, una vez más, para la veracidad de estos apuntes, que Ignacio Pinazo, por circunstancias que no son del caso, y que se apuntan anteriormente, en afán de conocer otros países, emprendió largo camino, cruzando varias veces el Océano, y en los países americanos desarrolló sus actividades con feliz éxito, siendo su regreso determinado por esa "morriña" que se apodera de los espíritus y no conoce otro antídoto que el regreso inmediato. Claro está, que a su regreso a España encon-

tró perfectamente encajados cuantos caminos pueden conducir al éxito y al renombre, por cuyo motivo había de ser muy difícil romper aquellos, digamos, "derechos adquiridos", que acaso no fuera posible superar. Veinte años estuvo Pinazo luchando, hasta conseguir la primera medalla, y aún después, su propuesta de Académico de la de San Fernando le fueron negados los tres votos que le faltaban.

"Levantina", "Ofrenda", "Torso", "Obsesión", "Guillem de Vinatea", así como esa colección de bustos como el de Monseñor Cicognani, Padre Fullana, Padre Gomis, Ministro Arrese, Gobernador Laporta, Almirante Rotaecche, Muñoz Seca, Magdalena Marzal, que con el de Echevarría, Esperancita, Conchita Piquer y tantos otros, constituyen una parte de la obra intensa del escultor que jamás se quedó galvanizado ni por la admiración de su propia obra, como sucede en muchas ocasiones, ni aún por las adversidades tan naturales que huyen de la mediocridad de un conformismo provinciano.

En relación con esta primera medalla, dábamos noticia en el diario valenciano "Levante", tal vez con antelación al refrendo oficial, en un artículo que, bajo el título "Pinazo, primera medalla", decíamos:

"La noticia nos ha llegado por conducto de un amigo. No hace muchas horas visitábamos el estudio del ilustre escultor, en Madrid, para ver los últimos toques de la estatua a Vinatea, que Pinazo está modelando para Valencia.

"Habíamos ido a ver la Exposición Nacional de Bellas Artes. Tarde lluviosa de una incierta primavera madrileña, que daba al Retiro fragancias otoñales, y al Palacio de Cristal un ritmo de silencioso abandono; la luz, dos veces tamizada, caía suavemente sobre

las esculturas de la exposición, dándoles una pátina desconcertante.

"Dos obras había allí de Pinazo: la estatua de su padre, hecha en Godella, que ya conocíamos y un desnudo titulado "Enigma"; dos obras de carácter diferente, llenas de justeza y de equilibrio, que destacaban con personalidad definida.

"Y de allí nos encaminamos al estudio. Quedan atrás las calles de tráfico ruidoso; se vislumbran los árboles de la "ciudad lineal", y en un hotelito de las afueras de Madrid, en un rincón delicioso, entre flores y plantas exhuberantes, sorprendemos a Pinazo en pleno trabajo.

"Está terminando la Estatua de Vinatea, figura histórica llena de dignidad y de prestancia, que el escultor ha desarrollado con todo cariño; con una mano puesta en la ley, y mostrando con la otra al pueblo, se yergue Vinatea en un gesto de viril afirmación y de cortesía exquisita. La escultura, muy estudiada, expresiva y llena de vigor, es una obra de madurez artística, plenamente lograda.

"Naturalmente nuestra conversación recae en dos temas: Valencia y la exposición. La evocación de Valencia adquiere tonos sentimentales de nostalgia; todo el color, toda la luz, todo el ambiente, van evocándose en aquella tarde gris, y su estudio parece iluminarse con el recuerdo: Godella, el estudio del gran pintor Pinazo Camarlench, anécdotas, luchas, etcétera...

"Mas yo he querido encauzar la conversación por otros derroteros; son días de gran efervescencia artística, típicos días de ansiedad y de rumores variados en los medios artísticos; era Pinazo el candidato más nombrado para la primera medalla de escultura.

"—¿Llegará, por fin, la hora de que se le haga justicia?

"—No sé —contestaba—, yo la espero trabajando, que es el modo más expresivo de aguardarla.

"Y desviaba la conversación discretamente.

Hoy, al conocer, siquiera sea extraoficialmente, la designación de Ignacio Pinazo Martínez para la primera medalla de escultura, galardón tan justamente logrado a lo largo de una vida consagrada al arte, sentimos algo así como si se saldara una deuda que, desde "El Saque", había pendiente."

* * *

También la escultura religiosa tuvo en Pinazo representación cálida y sentimental. Si la belleza femenina tuvo en este escultor su más fiel cantor, como en "Enigma", en "Thetis" —la diosa de los mares, esposa de Poseidón y madre de Aquiles—, en "Flor de Valencia" y tantas otras, el sentimiento religioso plasmó con apasionado fervor obras como "El Cristo de la Paz", en torno a cuya imagen se desarrollaron las místicas jornadas del bicentenario de Godella, con sus estudios previos, en madera policromada, sus imágenes de San Antonio, de la Virgen de los Dolores, de Vírgenes, en distintas advocaciones, o en esa colección de imágenes procesionales que recorren las calles de los pueblos de toda España, en las cálidas horas de la Semana Santa, pregonando la verdad de una unción imaginera de este artista valenciano.

Monumentos esparcidos por La Mancha, por Madrid, por tierras castellanas y valencianas, son representativas de un concepto estético en el que insistiremos en su lugar correspondiente.

Cuando se instala definitivamente en Godella, y el duro oficio de la escultura va "pesando" en la edad de Ignacio Pinazo, descubre en la pintura, inagotable manantial de expresión. Ya en tiempos anteriores vimos unos intentos de envergadura en una colección de retratos al pastel que durante los días inquietantes de la guerra fueron, también, refugio de su arte; y ahora prefiere modelos inanimados para deliciosas composiciones decorativas de flores, bodegones, naturalezas, en seductora colección que muchas personas, muy entendidas, le aconsejan organizar para completar una Exposición.

Se realiza en Madrid. La prensa lo acoge con extrañeza, pero le prodiga los mayores elogios. También en Valencia hace dos exposiciones en el Círculo de Bellas Artes, con generales parabienes.

Son los últimos años de la vida de Ignacio Pinazo.

En su estudio de Godella, con un afán de arte que da escalofrío, pinta aquellos postreros lienzos llenos de color, de luz y de optimismo, como asiéndose al arte para no abandonarlo, o para que el arte no lo abandonara a él.

Una de las mayores glorias que Pinazo alcanzara en estos días fue la de la colocación de la lápida rotuladora, en su casa, de la memoria en que allí trabajó, triunfó y murió su padre, el pintor Pinazo Camarlench, en última ofrenda. Otra gran satisfacción también fue la resolución que tomó y le comunicó en una misiva muy elocuente el Excmo. Sr. Ministro de Educación y Ciencia, sobre el traslado a Valencia y colocación en "sitio destacado del Museo de Bellas Artes de Valencia", del cuadro que estaba en el Museo de Zaragoza, "El testamento del Rey don Jaime", que la Real Academia de Bellas Artes de San

Carlos, atendiendo a una moción por él presentada, había solicitado. De estos momentos de alegría forman parte las frases recibidas de los artistas valencianos y casa de Valencia en Madrid, tan entrañables para Pinazo, y las recibidas, también, de júbilo de los artistas del Círculo de Bellas Artes de Valencia.

A grandes rasgos va aquí reflejada una vida de arte que debe inducirnos a meditación y ver, en la obra de Pinazo, algo más que un episodio de arte, rubricado solamente por algunas obras completamente logradas: Pinazo vivió una línea de honesta fidelidad a un concepto de eterna belleza, y a ella sacrificó su existencia, renunciando, por completo, al fácil éxito, tan sencillo de conseguir en los tiempos de ahora.

* * *

Como el análisis de la dilatada obra del escultor Ignacio Pinazo Martínez escapa a las dimensiones y al propósito de este libro, sólo la completaremos con unos comentarios sobre las distintas modalidades expresadas por el artista en su escultura y en una versión de conjunto.

Arte claro como la luz del sol el de Pinazo, nacido de un concepto de eterna belleza, y al que el artista se acogió, desde el principio, con verdadera fruición, y fundamentó, después, al contacto con los grandes artistas afines. Enamorado de las verdades de Grecia, cuando un amigo escritor le preguntaba sobre estas cosas, exclamó:

—¡Dios mío! Un pie de Canova, una mano, un solo dedo de la mano, eran bastante para que mis ojos de aprendiz se embelesaran...

La primera obra de verdadera personalidad de Pinazo es, sin duda, "El Saque", escultura que hizo el artista, como se sabe, a raíz de su pensión.

Creemos ver en "El Saque" la vivencia de Pinazo cuando acompañaba a su padre a los grandes partidos de pelota que en Godella se celebraban —con solemnidades comarcales que aún se añoran—, los movimientos de los jóvenes pelotaris, como un atractivo espectáculo de belleza plástica y de vida, que don Ignacio, captador de toda cuanta manifestación de la belleza pasara por su lado, era anotada en sus interesantes libros de apuntes afanosamente (la primera obra en serio de José Pinazo, como autor, estaba basada en estos acontecimientos, que tenían gran resonancia en aquel hogar). Ignacito, con su incipiente sensibilidad, también, inconscientemente, era protagonista de aquellos espectáculos callejeros al aire libre y, sin darse cuenta, los grababa en su espíritu. Y más tarde, cuando al regreso del extranjero quiso dar a conocer su arte, con una obra que reflejara, ya con su madurez, algo racial y eterno, y el tema surgió en esta figura, tan acertadamente, que aún hoy, que puede contemplarse fundida en bronce en la Diputación valenciana, subyuga a quien la contempla con resonancias de obra definitivamente lograda.

Se ha insistido en el anhelo de perfección de Pinazo, y efectivamente, en ocasiones rebasan en sus obras alardes técnicos, y como el "oficio" le es tan conocido, no teme al detalle —como en la cabeza de "El tío Quico", en el "Romano" o en "El alcalde de Benifaraig", por ejemplo, que, aunque se puede recrear en la perfección, hasta el punto de que nunca querría dejar por terminada la obra, sabe

cuándo este detalle debe ir supeditado a la obra, en su totalidad para no recargarla con la insistencia. Mármol, piedra o tierra cocida siempre tienen una técnica adecuada, sin rehuir en manera alguna las dificultades, como si "eso" que dicen que sobra, en las estilizaciones, fuese gran problema para Pinazo. ¿Es que puede prescindirse de "tal" cosa, con pretexto de hacerla más asequible?

En el desnudo, vuelve Pinazo a la belleza eterna, tal como la naturaleza la creó y el arte la recreó, como sucede en "Enigma", en "Mujer", en "Flor de Valencia", como compendio de esta estética. El mármol "Victoria", alusivos a esta forma de ahora de conseguir el triunfo, con las alas rotas y los miembros mutilados, es, acaso, una de las más hermosas obras de la escultura contemporánea.

No podemos sustraernos a significar cierta influencia, en la imaginería de Pinazo, con reminiscencias de grandes maestros de la antigüedad. Como ellos, Pinazo tenía la creencia de que, para hacer una imagen, hay que "sentirla", es decir, que si el artista no es creyente, no puede dar cima a una buena imagen. Y así, en su "Cristo de la Paz" o en su "Cristo de la Resignación" está presente el siglo de oro de la escultura, con la lección, en este caso, de un Montañés o un Alonso Cano, con su bella exuberancia andaluza, como lo está, también, en su "Ecce Homo", en conjunción con la tradicional exaltación valenciana de sus escultores más significativos: en la escultura religiosa, Pinazo, además de la emoción estética, busca la emoción de lo sobrenatural.

Si el "San Vicente Mártir" es netamente valenciano, y en el puente del Real sobre el Turia así lo pro-

clama bajo el barroco casalicio que le sirve de dosel, esa talla de la "Magdalena" de Jumilla, es claro exponente del ambiente distintivo castellano de los grandes maestros, que en Valladolid velan las esencias hispanas de un arte valiente y expresivo, y que en los días de Semana Santa pasean por tantos pueblos. Como también ese "San Francisco", que reprime un hondo dramatismo en la suprema sencillez de su persona, dedicada, por entero, a las florecillas y a todas las cosas que la naturaleza crea, como criaturas de Dios, tiene su raíz en el ascetismo castellano, preferentemente, porque así conviene a su expresión: que así como un buen músico demuestra más su exquisita personalidad, dando a cada obra su ambiente musical adecuado en generosa flexibilidad, también en la expresión de las artes plásticas, se requiere una inteligente adaptación a lo que mejor pueda conducirnos a la emoción estética.

Pinazo se muestra en su obra, siempre, como es; mas en las interpretaciones que hace de su padre se revela con inefable personalidad. Desde la figura que representa al pintor Pinazo en un sencillo monumento, en Godella, frente a la iglesia —en el sitio en que frecuentemente se situaba el Maestro para tomar notas, y que la sensibilidad del pueblo ha tenido la elegancia de situar un busto en sencillo pedestal rodeado de una verjita—, hasta ese bronce en que el escultor, ya consagrado, Ignacio Pinazo Martínez, hace con destino a la Real Academia de Bellas Artes de San Carlos, con motivo de su toma de posesión como Académico de número, hay una extensa gama de estudios de la cabeza de su progenitor, con sentidos distintos, pero todas ellas realizadas con la doble emoción del filial cariño y de

la admiración del escultor por aquella testa tan interesante, escultóricamente considerada. Han culminado estos ensayos en el monumento al pintor Pinazo, que, por encargo del Ayuntamiento de Valencia, talló Pinazo Martínez y que se erigió en un recoleto jardincillo de la calle de Colón, junto al Palacio de Justicia valenciano, en sustitución de aquel otro que el también ilustre escultor valenciano Vicente Navarro tallara, en piedra, cerca de la Generalidad, y que, en tiempos de guerra, fue casi destruido. En el monumento actual aparece el maestro valenciano sorprendido en un momento de descanso de su labor, sentado en amplio sillón, popular, con típicas mantas y ambiente de la tierra, en cuya obra conjuga Ignacio Pinazo muchas afecciones juntas, tratadas ya con una maestría conseguida y un hondo sentido local de la decoración.

Son varios los monumentos que Pinazo tiene distribuidos por la geografía española; al Marqués de Borja, en El Escorial; a Martínez, en Jumilla (Murcia); a S. López, en Albacete; a Eduardo Gasset, en Ciudad Real; a Codorniu, en el Retiro, en Madrid, etc., pero uno de los que más entrañablemente ha hecho Pinazo, fue el dedicado a Lamberto Alonso, en Godela, el cual, con alusión a la música y a la pintura, que tanto significaron en la vida de Alonso, presenta la figura del cantante envuelto en capa española y en un conjunto muy bello y decorativo, dejando, en dos paneles, espacio para la ofrenda de dos ramas en bronce, de laurel, de María Ros y Lauri Volpi, dedicadas al ilustre músico.

En cuanto al retrato, no podemos negar a Pinazo su dominio. En bustos, en cabezas, en obras monumentales, sabe aunar, muy bien, el parecido físico

con la expresión interior —con la mejor expresión interior, diríamos—, del modelo, sin forzada esclavitud; desde el excelente retrato del Padre Fullana, el mármol que representa a su hija Esperanza, o el del padre Ferrís, hasta los bustos del Gobernador Laporta, Arquitecto Arrese, Almirante Rotaeché, la cantante Lucrecia Bori, Muñoz Seca, Conchita Piquer, y tantos otros, hasta alcanzar el medio centenar, puede admirarse en la obra de Pinazo una sucesión de destacadas personalidades representadas en bronce, mármol, piedra, madera o terracota, todas ellas con el denominador común de la fidelidad en la expresión, y en la modalidad estética, impregnados de ese arte que sólo los elegidos tienen altura para expresarse. Cabezas de niños, como las de los principitos de Hohenlœ; el busto de S. A. la Infanta doña Isabel; el bronce tan conseguido de Josefina Robledo, o el tan logrado del Cardenal Cicognani, agrupan, en un curso de verdadera maestría, el bien hacer del retrato en la escultura.

Hemos aludido a las cabezas de unos niños, y hemos de insistir también en el encanto que siempre han tenido para Pinazo las figuras infantiles. Carmen Alonso, sus nietos José Ignacio y José Eugenio, Mari Fina Esteban, y tantas otras, constituyen una galería de ternura y de gracia, juntamente con las muchas figuras de niños, tan prodigadas y que tanto adornan las fuentes y los motivos decorativos de los jardines públicos y parques privados, y que son siempre tan justamente admirados.

Cerramos estos comentarios con la mención de las fieles reproducciones que a Pinazo se encomendaron con la ya conocida de la "Dama de Elche" y de la "Virgen del Lluch" mallorquina, por encargo

de don Juan March, entre tantas otras acertadamente realizadas.

* * *

Por los palillos, gubias y cinceles de Pinazo han pasado los más diversos asuntos: bajorrelieves, juguetes ingenuos de un monumental "Nacimiento", modelitos que, fundidos en plata o en oro, han enriquecido la orfebrería de joyas ornamentales, relicarios, custodias; figuras graciosas de elegante decoración. Todo cuanto constituye, y siempre ha constituido, el hacer del escultor, ha estado presente en el taller de Pinazo con categoría de obra de arte y nivel de excepcional inspiración y con la altura expresiva de un verdadero y completo artista.

* * *

¿Cómo era, en realidad, la vida de Pinazo en aquel estudio?

Si tuviésemos necesidad de encontrar una palabra que definiese el ambiente que presidía siempre aquel taller-estudio de Pinazo, podríamos sin duda hallarla en ésta: Cordialidad.

Cordialidad dada desde la visita del curioso investigador que llegaba en busca de datos para aquella historia o trabajo que estaba componiendo, hasta en las preguntas del periodista inquiriendo tema interesante para un reportaje; desde la charla amena que hace más llevaderas las horas en que el modelo posa para un retrato, hasta las relaciones con los trabajadores que allí acudían por imperativos del oficio...

Ya se sabe que la escultura tiene facetas muy próximas a los oficios manuales, y en ellos debe el



Entrada del estudio de la casa de Godella donde murió Pinazo



Nueva instalación de los cuadros del escultor Pinazo en el estudio de Godella

escultor ser muy ducho, para realizarlos él mismo o bien para dirigir distintas fases de los auxiliares. No es fácil, no, la materialidad de hacer una escultura, sino que el trabajo de construirla ha de ser muy laborioso hasta dejarla colocada en su materia definitiva.

El camino no puede ser más intenso. Cuando el artista comienza su obra ha de tenerla ya, en cierto modo, realizada "in mente", porque ha de fundamentar el barro sobre un armazón de materia rígida que sirva de sostén a la figura que trace, y este pequeño andamiaje ha de responder a las diferentes disposiciones de las partes que ha de sustentar. Vendrá luego el modelado del barro, el vaciado para hacer un molde, el yeso obtenido del molde, el retoque del yeso... para, después, comenzar de nuevo a trasladar a materia definitiva la figura, en piedra o en madera, con el sacado de puntos, laboriosa operación que consiste en hallar los puntos claves de profundidad a que hay que llegar para no rebasar las zonas en que se debe desenvolver la gubia o el cincel hasta conseguir su terminado, que en madera hay que completar con el policromado, etc., o en el bronce, con nuevos moldes, retoques de cera para lograr un vaciado conforme, en procesos laboriosos que hay que ir coronando pacientemente.

No se puede huir de esta lenta elaboración en la escultura que algunos artistas la aligeran con personal auxiliar especializado considerado, por su compenetración con el escultor como verdaderos colaboradores suyos. Mas esta colaboración no es posible cuando el escultor está comenzando su carrera y no tiene medios económicos para satisfacer los estipendios necesarios de todo el personal que ha

de ayudarlo, y ha de entregarse a la tarea de amasado, de forjado, de sacado de puntos y de todas las operaciones inherentes a los oficios que integran las diferentes operaciones que han de realizarse. Claro está que la necesidad de conocer a fondo el arte del escultor que se aprende cuando la vocación ha llamado a las puertas del alma, se adentra en el futuro artista y encuentra placer sumo, precisamente en las dificultades que hay que vencer para el logro de dar vida a la materia y hacer que los que contemplan la obra conseguida, sientan dentro de sí la emoción del arte, como antes la sintiera el artista; y entonces, sabe que si la obra lleva en todas sus fases el sello de su misma personalidad, es más obra suya, y la entrega al trabajo compensa, con creces, la fatigosa elaboración.

Fue esa la entrega de Pinazo a la escultura. Quiso aprender las diferentes fases de cada uno de los oficios y marchó a París, y en los talleres parisien- ses fue un obrero más... que, al poco tiempo de serlo, destacaba sobre los que allí había, por su laboriosidad, por su inteligencia y por su rendimiento, digamos, laboral —no comprendido por sus compañeros, por lo que tuvo que soportar envidias—, quedando para siempre un ritmo de trabajo en dichos menesteres, que hasta hace muy pocos años hemos visto cómo por mera vocación empleaba sus fuerzas físicas, rompiendo un molde, amasando la escayola para un vaciado, etc., con una ilusión y una actividad de principiante.

Pinazo tenía colaboradores excelentes que, al igual que los artistas del Renacimiento, formaban parte, en cierto modo, de una familia de tácitas comprensiones con afecto verdaderamente leal. En Va-

lencia y también en Madrid que fueron en realidad los dos estudios en que Ignacio Pinazo más se desenvolvía preferentemente había núcleos de auxiliares del más alto valor y de los que, porque es de justicia, haremos mención.

Pero si estas notas son como un reflejo del hacer del escultor hemos de dar una idea de cómo nuestro escultor “enfocaba” y realizaba su trabajo, porque cada artista, con su temperamento especial, hace su panorámica de labor, y aunque ésta no difiere en mucho, porque los afanes son muy comunes, acaso puedan notarse peculiaridades distintivas. Por ejemplo, en Pinazo era terriblemente comprometida la primera fase de planteamiento de un trabajo, porque quería iniciarlo a base de una minuciosidad, acaso exagerada, estudiando hasta los más mínimos detalles, desde la concepción del asunto encomendado hasta las fases más recónditas de su desarrollo. Dibujos, libros, documentación de todo orden, de cuyas preocupaciones no estaban exentos los miembros de su familia, que solían participar, y en no poca manera, de las inquietudes y desazones de esta inicial motivación; porque Pinazo era, sobre todas las cosas, muy amante de la familia, y la familia había de ser, siempre, parte integrante de todos los latidos de su existencia.

Desde pequeños, como se sabe, José Pinazo e Ignacio Pinazo servían de modelos a su padre el pintor Pinazo y tomaban tanta parte en la parte afectiva de la obra de su padre que, en muchas ocasiones en que de Madrid pedían lotes de cuadros para atender las demandas y se completaba una caja con varios lienzos, causaba en la familia Pinazo unas horas de tristeza —a veces lágrimas— el des-

prenderse de aquellos cuadros, que ya habían entrado a formar parte, en cierta manera, del patrimonio decorativo de la casa. Pues bien, esa solidaridad de la familia con la obra del artista se prolongaba en esta otra familia, continuación de la anterior, con las mismas características de afección, y con ello, si no de una manera completamente directa, gravitaba también, moralmente, la preocupación del escultor que ha de sacar de su alma una obra, en gestación dolorosa, casi siempre, y ha de afirmarla en la sinceridad de su ética de íntimas convicciones.

Todo había de pasar por sus manos; después de la elección de la tierra más idónea, el amasado y cuantas operaciones auxiliares tendieran al mejor resultado luego de un cúmulo de previsiones que le habían tenido en continuados insomnios largas horas.

Y comenzado el trabajo material, con los palillos en el barro, con la figura en el caballete, podía decirse que se "estaba terminando", tal era la seguridad con que había pensado los más recónditos detalles.

Hablaríamos de las sesiones con figuras distintas, con personas de su intimidad, con ilustres modelos que se sometían a la dura tarea de la inmovilidad, que a las pocas sesiones trocaban las horas de molestia por ratos deliciosos de conversación, pues Pinazo tenía un arsenal de recursos para procurar un agradable ambiente en su estudio. No pocas estas notas de puerilidad si contamos, a este respecto, que hemos oído a algunos ministros y personas de gran responsabilidad social, o altas jerarquías eclesásticas, comentar esta amenidad de Pinazo en las sesiones y considerarlas como remanso en las duras tareas y preocupaciones a que las circunstan-

cias los sometían. Pero esta faceta de nuestro artista sería tan prolija y con un anecdotario tan rico y tan pintorescamente contado, que ocuparía un volumen interesantísimo.

Terminemos este capítulo con la mención, dentro del ambiente familiar que Pinazo había dado a sus colaboradores y auxiliares, los que, o desde niños habían crecido en dicha tónica, como Eduardo Andreu, o los que de muy jóvenes habían puesto su voluntad y su arte cerca de Pinazo, como Juan Alamar, en Godella, o en Madrid, Monreal, Pino, Codina Ferrero, o los estupendos miembros de la fundición Bravo y Aguilar de Carpesa..., como ejemplos de una lista que habría de hacerse interminable.

Pinazo, pues, había logrado en torno de su vida un hogar encantador, que en sus últimos años completaron sus nietos, también "señalados" con el cariño por las cosas bellas y por el clima de altura que siempre presidiera aquel hogar.

LOS CUADROS DEL ESCULTOR PINAZO MARTINEZ

NO quedaría completa esta semblanza de Pinazo si no recogiéramos su última manifestación de arte, que fueron los deliciosos lienzos que pintaba y con los cuales endulzó los últimos años de su existencia.

En una sabrosa entrevista a raíz de una de sus exposiciones, le preguntó el periodista valenciano Pedro Antonio:

“—¿Por qué pinta?

—Porque me he hecho mayor, y al herirme en una pierna con la última imagen de la Virgen de los Desamparados, de 2'30 metros, para Madrid, busqué el refugio de sentarme a pintar flores, que son hermanas de las valencianas, que yo tanto quiero y admiro.

—¿Cómo definiría su pintura?

—Como de hondo aficionado que nació entre lienzos en la plaza de Cisneros.”

Pinazo tenía una sólida preparación dibujística y una excepcional disposición para la pintura, demostrada ya desde sus primeros años; no es extraño que al componer los primeros lienzos por puro recreo y pasatiempo, fuera seducido él mismo por sus primeros resultados, que si fueron tomados por el artista algo así como un divertimento, llegaron a tener una personalidad definida. Para aseverarlo, no nos sustraemos a trasladar aquí el eco que produjeron

en unos recortes de prensa que se publicaron con ocasión de exposiciones suyas en Madrid y en Valencia.

Antonio Cobos, en "Ya", de Madrid, decía en 1967:

"Eureka" ha acogido en su sala de exposiciones una muestra del arte prócer de Ignacio Pinazo en sus facetas plásticas, por estar integrada con esculturas y lienzos pintados al óleo.

No es frecuente que la sensibilidad de un artista que esculpe y pinta se desdoble de una manera absoluta. Normalmente, el artista, que es fundamentalmente escultor, cuando trueca el cincel y la gubia por la paleta y los pinceles, no desmiente su condición de creador de formas. Miguel Angel es una prueba de ello.

El caso de Pinazo no es frecuente. El único lazo que pudiera existir entre sus formas y sus colores, sería, en todo caso, mediterráneo, pero arrancando de orillas muy distintas entre sí.

Los volúmenes que arranca Pinazo del mármol, de la madera o que hacen bronce, tienen serenidades helénicas. No apuntan en ellos ningún barroquismo levantino, incluso, al colorear, porque la policromía en algunas de sus tallas y barro es ténue y contenida.

Ignacio Pinazo pintor, es, por el contrario, exuberante, fogoso y casi volcánico en el cromatismo, y rutilante en los juegos luminosos.

En sus cuadros, valencianos por los cuatro costados, las flores tapizan los lienzos y destacan increíblemente, pese al vibrante cromatismo de los fondos de telas y de paisajes.

El barroquismo pictórico de Ignacio aporta valores decorativos que, en este caso, no son mengua

para la obra, sino, por el contrario, modo y medio para una elevación pictórica.

El retrato en bronce de nuestro Caudillo; la cabeza en mármol titulada "Carmen"; la "Diana", también broncea, y todas las cabezas infantiles, son pruebas contundentes de plenitud escultórica.

El conjunto de pintura es un recreo para la retina, que se acusará, sin duda, cuando pueda contemplarse cada obra sin la abrumadora opresión de las restantes."

De los periódicos valencianos "Las Provincias" y "Levante" son, respectivamente, las notas que dan cuenta de sus exposiciones en la ciudad del Turia:

López-Chavarri dice: "En el Círculo de Bellas Artes, Pinazo Martínez ofrece dos vertientes de su actividad artística: el catálogo de esculturas es sumamente atractivo y pródigo en hallazgos felicísimos. La devoción filial del creador valenciano se plasma en un magnífico bronce hecho con nobleza, cariño y firme mano; la línea elegante, sobria y delicada del retrato de la ilustre guitarrista Josefina Robledo se contrapone a la deliciosa cabeza infantil de bucles y expresión admirable, sin olvidar la doble versión de la "Dama de Elche", resueltas con peculiar soltura. El mórbido torso femenino en tierra cocida es una de las muestras más definidas y conseguidas del arte pinaciano, ya que conjuga formas con inventiva y terminado oportunísimo; con boceto mariano, en tierra policromada, nos trae el mensaje afectuoso y vivaz del escultor religioso, y el busto de mármol "Carmen" aporta otro de los logros más ejemplares del ilustre artista. Y aún hallará el visitante otras esculturas bonísimas, como las cabezas del Caudillo y del señor Echevarría, o el dramático "Cristo en

la Cruz", bronce hecho de expresión excelente y austera sensibilidad.

También en el Círculo de Bellas Artes Ignacio Pinazo Martínez nos ofrece sus producciones pictóricas; el cromatismo doble de los contrastes del cuadro "Rapsodia azul", o los decorativos gladiolos de Godella, o el humorismo levantino y socarrón del lienzo número 14, tienen el contrapunto diferenciado de los cardos y cántaros castellanos. Y la temática y el amor valencianos componen en varias ocasiones motivos gratísimos y muy sugestivos de paisaje y motivos de la tierra natal del pintor; naranjas, limones, mar, etc., todo le sirve a Pinazo para expresar su cariño de hijo de nuestra patria y estos "intermezzos" líricos se tornan luego espirituales y devotos en títulos de sentir más íntimos, como en "Flores a la Virgen", "Santo Domingo", etc. Incluso fuera de catálogo el pintor vuelve a incidir en esta exuberancia floreal y de las frutas de Valencia, redondeando todo ello una exposición en la que nuestro artista aparece desdoblado en su labor creadora, pero siempre entusiasta, animoso, fiel a sus ideales y con una ilusión ejemplar y conmovedora."

Cámara ha dicho:

"Ya se sabe: el joven pintor Ignacio Pinazo Martínez, que ahora expone con tan feliz éxito en el Círculo de Bellas Artes, es el veterano y laureado escultor del mismo nombre, rama florecida de un tronco valenciano y linajudo como el de los Pinazo.

Setentón lozano, sus manos, son, todavía, capaces de esculpir mármoles tan delicados como el de Lucrecia Bori, a la que el artista recuerda emocionado en el esplendor de aquellos días jóvenes de Nueva York, en que nuestra cantante alternaba junto

a Caruso, y son también un prodigio de sensibilidad y de ternura cuando modela la cabeza de su nietecito; mención aparte para esa tierra cocida titulada "Enigma", con la que merece la primera medalla nacional del año 1948. Pero setentón en definitiva, el corazón y los pasos de Pinazo se acercan cada día con más fuerzas y frecuencia a Godella, al humilde y fabuloso estudio de su padre, el genial Ignacio Pinazo Camarlench, así como al recuerdo de su malogrado hermano José. Y aquí se nos presenta como pintor de la tierra y de la familia, aunque con una extrema modestia, que bien pudiera servir de ejemplo a tanto fatuo gratuito.

Así Ignacio Pinazo apenas si excede en sus cuadros del tema de las flores y bodegones con humildad de estudio, con timidez de experiencia, admirándonos su riguroso don de dibujo, su sentido del color y su devoción del barroco, cuando no su ayuda y amable ironía, con el triunfo, al fin, del hombre dispuesto a asombrarse ante los temas más humildes y el prodigio diario del oficio.

Aquí reproducimos uno de sus lienzos más representativos en que acaso resuma su devoción por el mar vecino, por las velas latinas, por la cerámica de la tierra, por las flores del jardín propio, por los frutos del vecino huerto, por los claros aires valencianos, por el celofán que envuelve el azul de nuestro cielo; por la efusión valencianísima que inspira toda su obra. Es admirable, en fin, esta exposición del joven Ignacio Pinazo Martínez, enmarcada tan noblemente por bronce, mármoles y barros del ilustre y celebrado escultor Ignacio Pinazo Martínez."

* * *

Si al hablar de la escultura de Pinazo hablábamos de su concepción clásica del arte y mostrábamos la sinceridad de su expresión, ahora, al poner punto final a estos comentarios sobre la pintura, con características diametralmente opuestas a aquella concepción, hemos de resaltar, sin embargo, la absoluta sinceridad con que eran compuestos estos cuadros y con qué ricos traducía en trabajo intenso lo que Pinazo, humorísticamente, hasta el final, consideraba como una mera diversión.

Como ya se ha dicho, por su asiduidad en Godela, sobre todo en los últimos años de su vida, nos hicieron frecuentar su estudio, y casi diariamente pasaba bastantes ratos en charlas con el artista y viéndolo afanado en su labor.

Pinazo elegía con un cuidado exquisito sus "modelos", buscaba las flores con delectación, escogiendo solamente las que podían tener la "expresión" adecuada; igualmente, las frutas eran objeto de preocupación minuciosa, alargando las sesiones todo lo posible para que no perdieran su tersura y brillantez; horas y horas pasaba buscando el contraste de un bodegón, el reflejo de un cristal de Mallorca, la sombra en una cerámica; en fin, con la ilusionada severidad de un principiante que aspira a hacerse una personalidad en el mundo del arte, cuando acababa diciendo que aquello "le divertía" tanto y cuanto.

La personalidad propia de un artista no puede modificarse en ninguna de las facetas de su vida, y en Pinazo se manifestaba tan sinceramente que el no encontrar el tono justo de un color que veía en una flor, o el vermellón que necesitaba no tenía la vibración necesaria, causaba en su ánimo un sufri-

miento tan hondo que le cambiaba pronto su carácter. Estos cambios los paliaba muy bien su buenísima esposa, Esperanza, que con su dulce atención al artista, sabía cómo devolver la calma al espíritu conturbado, por motivos fútiles o por problemas vitales de Ignacio, buscando nuevas flores, iniciando peregrinaciones en busca de medios más idóneos o en inteligentes diálogos de la mejor ley...

EL ESCULTOR IGNACIO PINAZO, EN EL MUSEO DE BELLAS ARTES

EL Museo de Bellas Artes de Valencia es, sin duda, de los más valiosos del mundo, sobre todo en lienzos y tablas de autores primitivos. La instalación antigua, en el Carmen, fue trasladada a la actual, y el Museo Provincial de Valencia ocupa el edificio de "San Pío V", que en realidad no tiene aún las condiciones mejores para la contemplación de las obras magníficas que allí se custodian. Concretándonos a la instalación de las obras de Ignacio Pinazo Martínez no creemos que sea la definitiva, pues una sala de paso, de unos 40 metros cuadrados, con iluminación insuficiente, no consideramos marco adecuado a la obra que allí se expone. Esta primera observación nuestra está también en el ánimo del joven y culto director del Museo, don Felipe Garín, quien nos ha hablado de sus proyectos para la instalación de las salas de escultura y también de los que tiene para la sala de Pinazo.

En el vestíbulo del Museo está el original de la hermosa escultura "El Saque", del que ya hemos tenido ocasión de hablar, patinado en bronce.

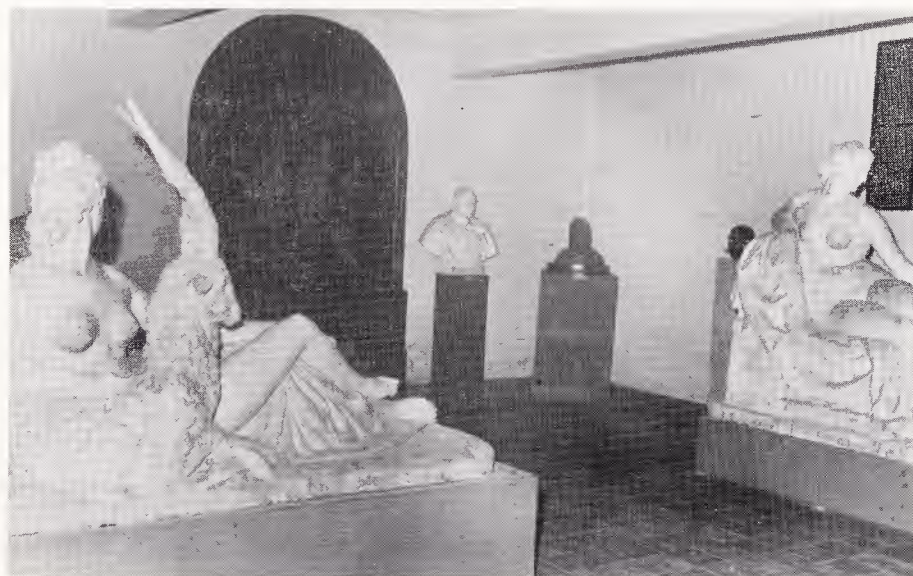
En la planta baja, destinada a escultores, y tras unos pasillos, nos encontramos gran parte de la obra de Pinazo que mencionaremos por orden de colocación de izquierda a derecha:

- 1.—“Edetana” (piedra).
- 2.—Busto de don Ramón Laporta Girón.
- 3.—Lope de Vega.
- 4.—Esperanza Pinazo (mármol).
- 5.—Padre Fullana (policromado).
- 6.—Cabeza en bronce de Pinazo Camarlench.
- 7.—Modelo del monumento a Pinazo en Valencia.
- 8.—Padre Polanco.
- 9.—S. E. R. el Cardenal Cicogniani.
- 10.—San Francisco (madera policromada).
- 11.—“Romano” (bronce).
- 12.—“El tío Quico” (bronce).
- 13.—S. A. R. la Infanta Isabel.
- 14.—“Victoria siglo XX” (mármol).
- 15.—“Enigma”.
- 16.—“Mujer”.

También hay obras en los museos de Arte Moderno de Madrid, Málaga y Burdeos, y Cerámica y Artes Suntuarias “González Martí”, de Valencia.



Rincón íntimo en la nueva instalación de Pinazo Martínez en el estudio de Godella



Instalación provisional de las esculturas de Pinazo Martínez en el Museo de Bellas Artes de Valencia

CONSIDERACIONES FINALES

SE ha tratado insistentemente de explicar, en varios capítulos de este libro, el clima de afecciones que presidió toda la vida de Pinazo; primeramente, con la decidida admiración y cariño por su hermano y por su padre, el gran artista Pinazo Camarlench, y después, a lo largo de toda su existencia, conservada en realidad como perpetua añoranza de aquellos días pasados, conservando perenne un estado de emoción familiar, en la que logró transmitir a sus sucesores el cariño y el respeto más solemne por aquellos valores para los que él vivía.

En el temperamento ultrasensible de Pinazo se podría establecer una relación sumamente íntima entre la vida física y la vida de las afecciones, de tal manera fusionadas que no era fácil, en muchas ocasiones, delimitarlas: hemos visto repetidas veces que la salud resentida de Pinazo por alguna enfermedad o dolencia abatía sus fuerzas físicas y su ánimo decaído, presagiaba una vertical caída en la curva de su vitalidad, con torpes movimientos, pesimismo absoluto y tristeza extremada; mas si a duras penas lograba trasladarse al estudio, salvando el jardincillo que lo separaba de la casa, tomar unos pinceles aún con trabajo, echar una mirada alrededor de las paredes o notar algún detalle particular que trajera aparejada cualquier relación con el pasado o

con alguna incidencia familiar, era tan súbita la transformación que en poco rato se transformaba su personalidad, volvía el vigor físico a darle elasticidad de movimientos, y su ánimo, presto, volvía a tener, prontamente, la ironía característica de su habitual forma de ser.

En muchas de estas crisis, Pinazo, que presintía su final no lejano, exclamaba desolado:

—¿Qué será de todo esto?...

Todo esto era, precisamente, lo que a él le daba la vida: el estudio, la obra que estaba allí recordándole el pasado que Pinazo vivía ahora tan dichosamente, porque su buena esposa Esperanza, su hija Esperancita, su hijo político Eugenio y sus nietos José Ignacio y José Eugenio, inmersos en ese ambiente cordial que había sostenido su filial devoción, formaban parte, aun sin ostensibles manifestaciones, con tanta fuerza, que más tarde había de dar realidad al latente sentir de Pinazo.

Yo no sé si el comentario final que se hace en este libro será muy afín con unas notas biográficas motivo principal de la publicación; ni sé, tampoco, si la naturalidad y sencillez con que la familia Pinazo ha querido dar forma a la memoria del artista daría asentimientos de publicidad; pero si este libro es, ante todo, un resumen de puntos de vista personales, en los que juega tanto una amistad y una admiración leal, hemos de arrostrar todo eso, y cerrar, también, el libro con unas notas de congratulación, en cierto modo de obligación moral, por obvios motivos de particulares encargos.

Porque la casa de Pinazo, de Godella, el estudio, los cuadros, los objetos de arte, los recuerdos que allí existen, si bien constituían un motivo de preocu-

pación para Pinazo (y su ulterior destino fue libremente transferido en justa herencia), también era motivo de preocupación, tácitamente sentida, por tantos amantes del arte de los Pinazo, por los que a Valencia aman, por los artistas y por los estudiosos, que un traslado de todo aquello a Madrid u otro destino cualquiera que desarraigara de Godella, de Valencia, lo que con tanto amor fuera patrimonio de arte de la familia, inquietaba en lo más íntimo de una colectividad sensible y romántica.

Pero aquella solera de amor al arte que Pinazo Camarlench sembrara y que sus dos hijos continuaran, ha tenido también continuación en los sucesores; y es voluntad de ellos que la casa de Godella y el estudio, y todo cuanto hay allí, quede exactamente igual que lo que quería Ignacio Pinazo, y que la vida en aquella casa siga siendo como un perpetuo homenaje a la perpetua memoria suya. Y las reparaciones que habían de hacerse no modificaran en nada el ambiente peculiar de aquel refugio espiritual.

Así, antes de las obras, el hijo político de Ignacio Pinazo, Eugenio Casar, notable arquitecto, hizo sus croquis de muebles, cuadros y enseres varios, antes de dar comienzo a refuerzo de paredes, saneamiento, enlucidos, chapados, seguridad, solidez, etc., volviendo todo, después de efectuadas aquellas obras, a su estado primitivo, ahora con más seguridad de pervivencia y con mayores garantías de conservación.

Mas respetando ideas de Ignacio Pinazo, la habilitación de un sótano, transformado en una hermosa sala de perpetuo homenaje a los cuadros que pintara en sus últimos años, ha completado la delicada

labor que tan intensamente han llevado a cabo para que, en el aniversario de la muerte, pudiera bendecirse un recinto en el que se funden el recuerdo de lo que fue y la ofrenda de amor a los que él tanto amó en vida.

La ejemplar lección de esta ofrenda que los descendientes de Pinazo le hacen a él, que tanto amó las tradiciones artísticas y humanas, será un final luminoso de provechosas sugerencias, precisamente ahora, cuando se hace tabla rasa de los legados espirituales y se asolan los tesoros de la arquitectura y del arte todo, en nombre de un camino a seguir, no del todo esclarecido ni determinado aún.

Pero la motivación concreta de este libro, en el fondo fundado también en propósitos de cordial ofrenda, no permite otros comentarios que pudieran interferir y romper el religioso silencio de estas oraciones.

ANEXOS

Queremos hacer un resumen de algunos de los premios y distinciones otorgados a don Ignacio Pinazo Martínez, en esta reseña de su personalidad artística, por lo cual insertamos unos anexos, que van a continuación:

HONORES

- Académico Correspondiente de la R. A. de San Fernando de Madrid (1927).
- Académico C. de la Real de Bellas Artes de San Carlos (Valencia, 1928).
- Oficial de Instrucción Pública y Bellas Artes de la República Francesa en París (Palmas Académicas) (1918).
- Caballero de la Legión de Honor (Francia) (París, 1919).
- "Associé" de la Sociedad de Artistas Franceses (París, 1925).
- Socio de Mérito y Honor de la Asociación de Pintores y Escultores de Madrid (1935 y 1954).
- Orden Civil de Alfonso X el Sabio, con categoría de Encomienda, con placa (1964).
- Socio de Honor del Círculo de Bellas Artes de Madrid (1948).
- Socio de Honor del "Arts Club" de Londres (1920).
- Hijo Adoptivo de Godella (1948).

SERVICIOS Y CARGOS

- Vocal del Patronato del Museo del Traje Regional (Madrid, 1921).
- Secretario de la Exposición de Arte Español en Londres (1920).
- Secretario de la Exposición de Arte Español en Londres (1920).
- Vocal de la Comisión de Monumentos de Albacete (1917).
- Jurado de la Exposición de Bellas Artes de Valencia (1913).
- Jurado del Concurso de Bocetos para Monumento a Pinazo (1917).
- Profesor de entrada numerario en la Escuela de Artes y Oficios Artísticos de Madrid (1936).
- Profesor de Dibujo en la Escuela Normal del Magisterio n.º 1 (0) (1917).
- Profesor de Dibujo de la Escuela Elemental de Trabajo (Albacete, 1934).
- Vocal del Comité de la Exposición Ibero Americana de Sevilla (1925).
- Profesor ayudante de la Sección de la Escuela Superior de Pintura, Escultura y Grabado (Madrid, 1926).
- Pensionado, por oposición, de la excelentísima Diputación Provincial de Valencia a Roma.
- Jurado de la Sección de Escultura de la Exposición Nacional de Bellas Artes (Madrid, 1950).

PREMIOS

- Mención Honorífica en la Exposición Nacional de Bellas Artes (Madrid, 1896).
- Medalla de Segunda Clase, Exposición Internacional Hispano Francesa de Zaragoza (1908).
- Primer premio concurso Busto Poeta Querol (Valencia, 1914).
- Primer premio Monumento Teodoro Llorente (Valencia, 1914).
- Primer premio exposición Círculo de Bellas Artes (Valencia, 1914).
- Segunda medalla exposición nacional de Bellas Artes (Madrid, 1915).
- Accésit segunda medalla exposición artística de Valencia (1894).
- Diploma de la Escuela de Bellas Artes de San Carlos (Valencia, 1896).
- Diploma de la Escuela de Bellas Artes de San Carlos (Valencia, 1899).
- Diploma de Mérito en la Escuela Especial de Pintura y Escultura y Grabado de Madrid (1904).
- Primer premio Monumento a Gasset. (Ciudad Real, 1932).
- Gran Diploma de Honor en la Exposición Hispano Francesa de Bellas Artes de Zaragoza (1919).
- Primera medalla Exposición Taurina (Córdoba, 1948).
- Primera medalla en la Exposición Nacional de Bellas Artes (Madrid, 1948).

TÍTULOS

- Título profesional de profesor de Dibujo en las Escuelas Normales (1934).
- Título facultativo de profesor titular de Dibujo (1935).
- Título facultativo de profesor de Dibujo en la Escuela Superior de Pintura, Escultura y Grabado de Madrid (1926).

Fue Pinazo también conferenciante, dando un cursillo de seis conferencias sobre "Metodología del Dibujo" en el de Selección del Magisterio Nacional, en 1933, conferencia sobre "Escultura Navideña" en el ciclo de Conferencias, organizado por la Vicesecretaría de Educación Popular, en Madrid, en 1944. Otra titulada "El sentimiento del Arte que todos poseemos", en Madrid, en 1946. Colaboración en la revista "Renaissance de l'art Française", sobre el arte español moderno. Colaboración en la revista de profesores titulares de Dibujo, etc., así como las conferencias en el Ateneo de Albacete, en 1916.

INDICE DE GRABADOS

INTERCALADOS EN EL TEXTO

Retrato del escultor Ignacio Pinazo Martínez.

Casa donde nació Ignacio Pinazo.

Pinazo, de niño, contempla con avidez el trabajo de su padre.

Pinazo en su estudio de Godella.

Ignacio Pinazo y su esposa, doña Esperanza Martínez Alfaro, en el estudio.

Ignacio Pinazo en su estudio de Madrid.

Pinazo modelando un busto.

Pinazo asiste en Godella al descubrimiento de la lápida dedicada al pintor Pinazo.

El presidente de la Real Academia de San Carlos impone a Ignacio Pinazo Martínez la medalla de Académico numerario.

Entrada al estudio en la casa de Godella donde murió Pinazo.

Instalación de los cuadros del escultor Pinazo en el estudio de Godella.

Un rincón íntimo en la nueva instalación.

Instalación de esculturas en el museo.

LOS CUADROS DEL ESCULTOR PINAZO

Alegoría.

Florero.

Bodegón

"Velones en mi estudio".

"Cántaros".

Flores del jardín.

ESCULTURAS

El pintor Pinazo Camarlench. Bronce donado a la Academia por su autor con motivo de su ingreso como Académico numerario.

Doña Esperanza Pinazo, de Casar. — Mármol.

"El Saque". — Bronce. Diputación de Valencia. Existe una réplica en el Museo de Bellas Artes de Valencia.

La Reina Isabel de Castilla. — Bronce y mármol.

Josefina Robledo. — Bronce.

San Vicente Mártir. — Piedra mármol, en el puente del Real de Valencia.

El Cristo de la Paz, de Godella. — Talla policromada.

Estudio de cabeza de Cristo. — Talla policromada.

María Magdalena. — Talla policromada.

San Francisco de Asís. — Talla policromada.

El Cardenal Cicogniani. — Mármol.

Gobernador Laporta. — Bronce.

Almirante Rotaèche. — Bronce.

El padre Luis Fullana. — Talla policromada.

Arquitecto Luis Arrese. — Bronce.

"Alcalde de Benifaraig".

Fantasia sobre la Dama de Elche. — Terracota.

Alegoría de la Justicia. — Bronce.

Monumento funerario en la Sacramental de Madrid. — Mármol.

Monumento en Godella a Lamberto Alonso. — Bronce.

Monumento en Valencia al pintor Pinazo Camarlench. — Piedra mármol.

"Mujer". — Modelo en yeso.

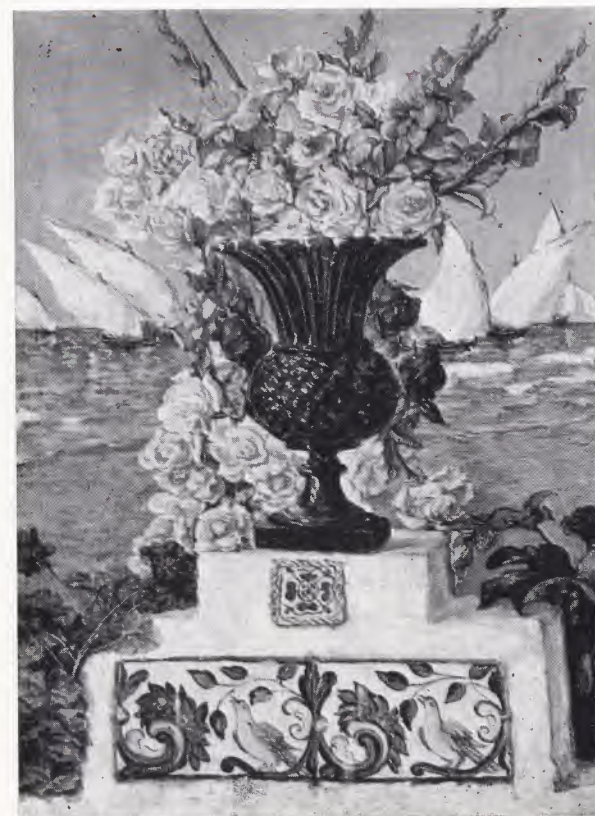
"Victoria siglo XX". — Mármol.

"Enigma". — Modelo en yeso.

"Flor de Valencia". — Bronce.

Cabeza de niño. — Mármol.

ILUSTRACIONES DE LIENZOS Y
ESCULTURAS DE IGNACIO PINAZO



Alegoria



Florero



Bodegón



Cobres

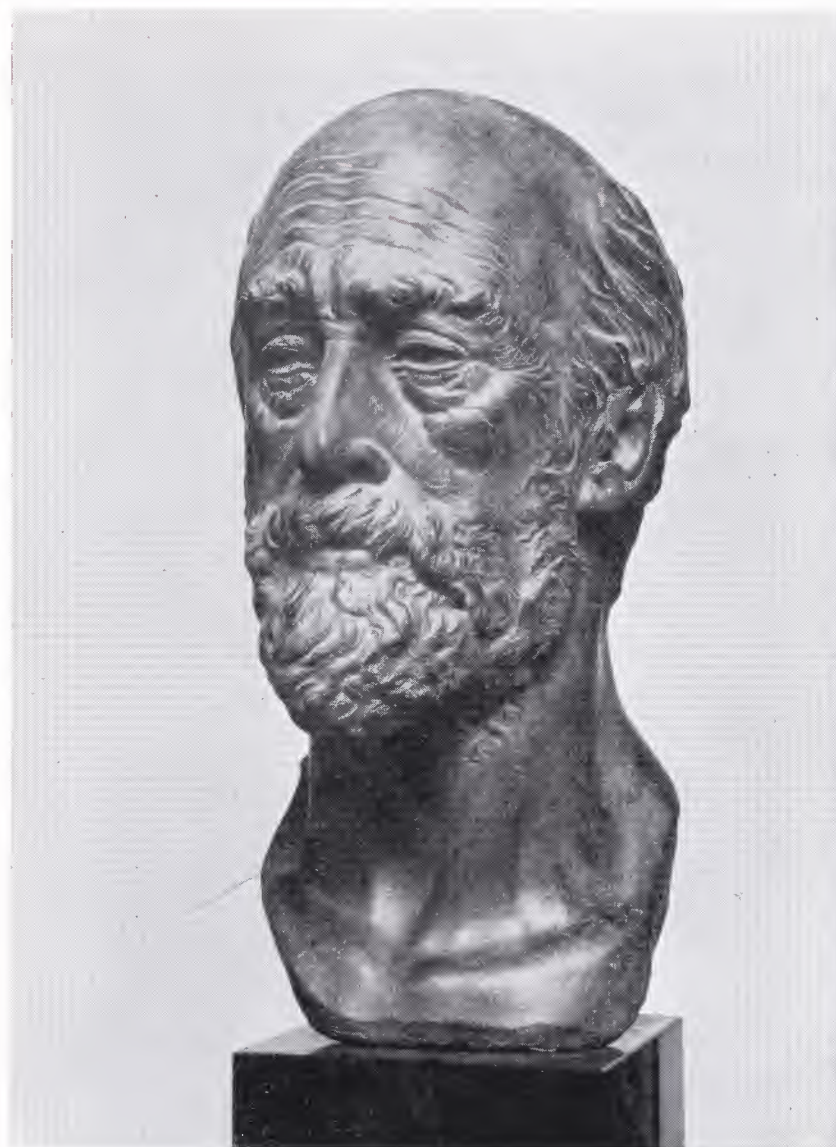


Cántaros



Ramo de flores

ESCULTURAS DE IGNACIO PINAZO MARTINEZ.
GRABADOS.



El pintor Pinazo. Camarlench. Bronce donado a la Real Academia de Bellas Artes de San Carlos por su autor, con motivo de su ingreso como Académico de número



Doña Esperanza Pinazo Martínez, de Casar. Mármol



"El Saque". Bronce. Diputación Provincial de Valencia.
Existe un modelo en el Museo de Bellas Artes de Valencia.



La Reina doña Isabel de Castilla. Bronce y mármol



Josefina Robledo. Bronce



San Vicente Mártir. Piedra mármol en el Puente del Real, en Valencia



El Cristo de la Paz, de Godella. Talla en madera policromada



Estudio de la Cabeza de Cristo. Talla en madera policromada



María Magdalena. Talla en madera policromada



San Francisco de Asís. Talla en madera policromada



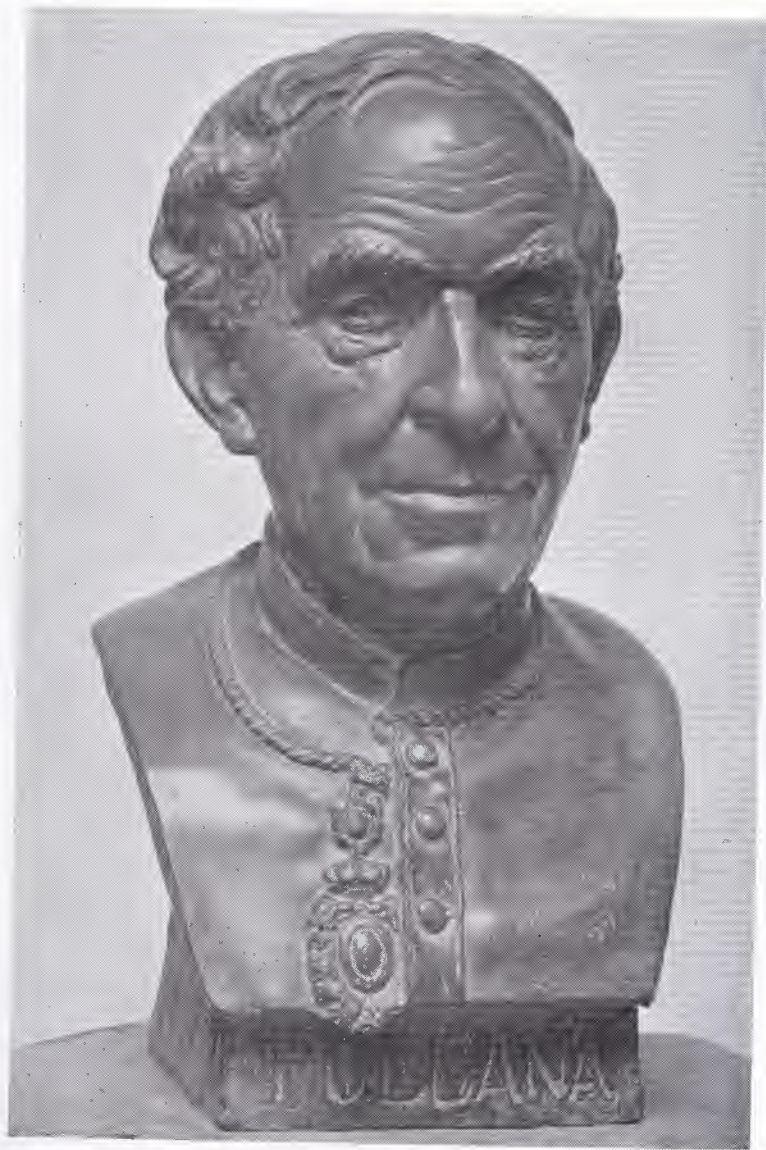
Cardenal Cicognani. Mármol



Gobernador Laporta Girón. Bronce



Almirante Rotaèche. Bronce



Padre Luis Fullana. Madera policromada



El arquitecto José Luis de Arrese. Bronce.



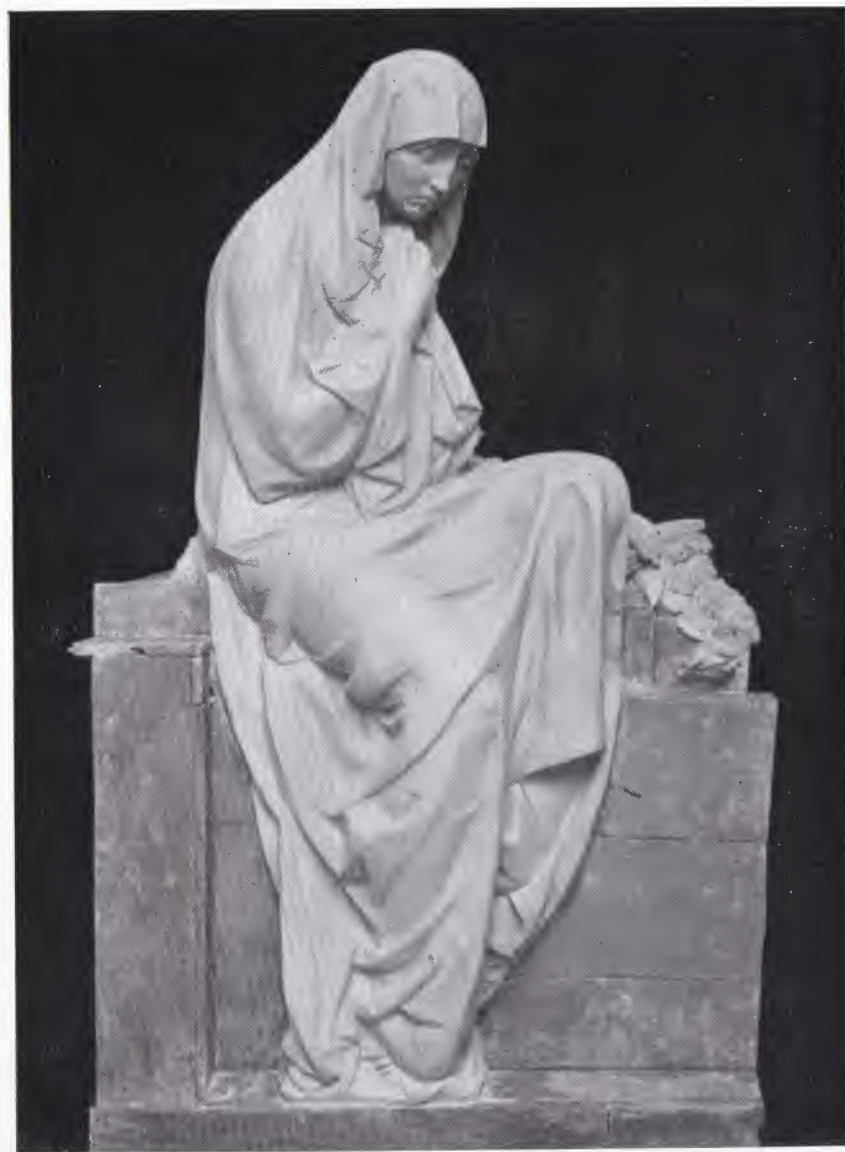
Alcalde de Benifaraig. Bronce



Fantasia sobre la "Dama de Elche". Terracota



Alegoría de la Justicia. Bronce



Monumento funerario en la Sacramental de Madrid. Mármol



Monumento en Godella a Lamberto Alonso. Bronce



Monumento en Valencia al Pintor Pinazo. Piedra mármol



"Mujer". Modelo en yeso



"Victoria siglo XX". Mármol



"Enigma". Modelo en yeso. Primera medalla de la Exposición Nacional de 1948.



"Flor de Valencia". Bronce



Cabeza de niño. Mármol

